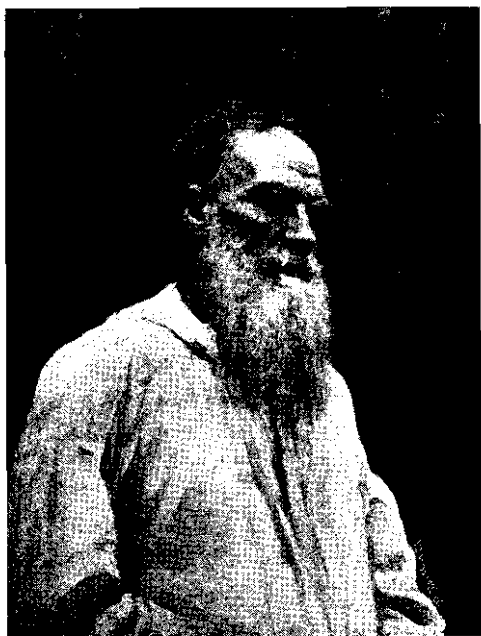


TOLSTOI ÍNTIMO

Imprenta Alsina
SAN JOSÉ, C. R.



De una pintura de REPINÉ.

LEON NICOLAIEVITCH TOLSTOI

1828-1910

EL PROFETA DE LA VIDA SENCILLA

Novelista ruso, pensador revolucionario, cuentista popular, filántropo y utopista, de los mayores y más nobles de nuestro tiempo.

COLECCIÓN ARIEL

Epítomes de Literatura Internacional, Antigua y Moderna.

Los buenos autores al alcance de todos.

3—4.

SERGIO PERSKY

TOLSTOI ÍNTIMO¹

(Recuerdos - Relatos - Conversaciones)

LEÓN TOLSTOI

Como Goethe en los libros de Ecker mann, así Tolstoi, en las leyendas y relatos que siguen, aparece tal cual es la intimidad. Sencillo y generoso, conversa con su mímica familiar, y de su boca fluyen candorosamente las más elevadas y hermosas sentencias. Nada de lo que se relaciona con el genio carece de interés. Tal frase recogida al vuelo en la conversación de un gran hombre, adquiere á veces la importancia de un pasaje justamente célebre de una de sus obras. La lectura de los relatos siguientes confirmará mi aserto. Algunas páginas sobre la muerte, el sentido de la vida, la interpretación de los evangelios, perfilan

¹ De la edición original francesa, titulada TOLSTOÏ INTIME. Souvenirs. Récits. Propos Familiars. LIBRAIRIE DES ANNALES Politiques et Littéraires, París.

notablemente las ideas fundamentales de Tolstoi, como una nota marginal ilumina el texto árido que acompaña.

Importa recordar, á grandes rasgos, en este momento, la admirable vida intelectual del escritor en Iasnaia-Poliana. Aquí se estableció León Nicolaiévitch Tolstoi en 1860, después de numerosos viajes de estudio ¹ por Suiza, Italia, Francia é Inglaterra. Ansioso de trabajar por el bien común, fundó en Iasnaia una escuela ² sobre bases nuevas, ajenas á toda rutina y á todo espediente pedagógico. Era libre y los niños aprendían lo que y cómo querían, sin más obligaciones ni principios disciplinarios que aquellos que por sí mismos se impusieran. Ni represiones, ni autoridad. Al maestro le tocaba solamente interesar á los niños con su enseñanza y conducirlos al mantenimiento del orden por su propia voluntad. Los alumnos progresaron rápidamente.

La escuela de Iasnaia-Poliana existió varios años; se clausuró, porque los niños de la aldea aprendieron todo lo que consideraban necesario, y los nuevos alumnos fueron tan pocos, que no valía la pena sostenerla por más tiempo. En el periódico *Iasnaia-Poliana*, desaparecido también, Tolstoi publicó numerosos artículos pedagógicos que llamaron la atención de los profesionales. ³ Pero el ejemplo cundió y 20 escuelas más del mismo tipo se abrieron en el país.

Los pacientes esfuerzos de Tolstoi como

¹ Visitó museos, cárceles, y escuelas populares, laicas y religiosas, interesándose mucho por todo lo que con la pedagogía se relacionara. Instruir al pueblo, corregir sus vicios, desarrollar su mentalidad mediante la escuela, la prédica, el libro, fué el gran anhelo de su vida.

² Mista, con 40 niños. Escuela y revista murieron á los 3 años. Entonces compuso Tolstoi un silabario y manual de lengua rusa, colecciones de poesías populares, y libros sencillos y prácticos de aritmética y astronomía.

³ Algunos de estos artículos pedagógicos de Tolstoi están reunidos en un interesante librito, *La Escuela de Iasnaia-Poliana* editado en castellano por la ESPAÑA MODERNA de Madrid.

profesor y sus tentativas docentes, le permitieron estrechar mucho sus relaciones con el mundo de los campesinos, cuyas necesidades, que ya él conocía, lo impulsaron más y más á examinar á fondo sus opiniones de hombre culto. De este modo llegó, á los cuarenta años, á la conclusión de que sus escritos no eran indispensables en absoluto á la multitud.

Desde entonces comenzó para Tolstoi una lucha angustiosa, acompañada de esfuerzos tenaces por hallar una solución á las dudas que lo desgarraban: «Anhelaría estar firmemente convencido, escribe en 1879 á un amigo, de que doy á los hombres más de lo que recibo de ellos. Desearía tomar de los otros lo menos posible y trabajar para satisfacer mis necesidades». Esta alma generosa estaba invadida por una perturbación inmensa.¹ Ya en la cumbre de la gloria literaria, Tolstoi, presa de una angustia misteriosa, comenzó á sentir miedo de la vida y deseó liberarse de ella. Con mucha dificultad pudo escaparse de la obsesión del suicidio.

Enseguida se acercó á los creyentes de la clase pobre, los peregrinos, los monjes, los mujiks, con el propósito de descubrir lo que él llama «el sentido de la vida». Pronto llegó al elogio vehemente del olvido de sí mismo y del amor al prójimo. Esta doctrina, hermana de la de Cristo, lo condujo á restaurar la religión en su pureza primitiva. Se sabe cuales fueron á este respecto sus trabajos de exégeta y á qué conclusiones debía llegar. Despojando á Jesús de su divinidad é interpretando racionalmente su evangelio, el gran pensador le dió un golpe terrible á la ortodoxia. Esta se sublevó. Tolstoi tuvo que responder al Santo Sínodo,² y esta

¹ Esta crisis moral comenzó á sufrirla 15 años después de su matrimonio.

² El Santo Sínodo ruso es un consejo compuesto, á medias, de eclesiásticos y seculares; preside todos los asuntos religiosos del imperio, bajo la inspección de un gran procu-

célebre contestación puede considerarse como el manifiesto más preciso del «tolstoísmo».

Pero estos ataques suyos no se los perdonaron. En dos ocasiones anteriores el gran escritor ya había corrido peligro.

La primera vez fue en 1862. Ausente Tolstoi, los gendarmes sitiaron una noche la casa de Iasnaia-Poliana. Hubo pesquisas, y hasta se habló de aprisionar á toda la familia, lo que dichosamente no sucedió, pero sí destruyeron todos los papeles que pudieron recoger.

Siete años más tarde, ocurrió un nuevo incidente, provocado por los nobles de la localidad, que no podían perdonar á Tolstoi el haberse convertido en defensor de los campesinos, siendo juez de paz.¹ Habiendo uno de los toros de su pertenencia herido mortalmente á un hombre, el escritor fue acusado de homicidio involuntario. Aun cuando Tolstoi estaba ausente, lo hicieron responsable del suceso. Después de mil atropellos, que por poco lo obligan á desterrarse, fue reconocido el error del juez y las persecuciones cesaron.

Sin embargo, las autoridades continuaron hostiles al escritor, ya prohibiendo la mayoría de sus obras filosóficas y religiosas, ya persiguiendo encarnizadamente á sus adeptos y amigos. El mismo Tolstoi estuvo amenazado seriamente de nuevo en 1893, como podrá verlo el lector en uno de los relatos que siguen. No se fué al destierro, porque intervino el zar Alejandro III, prohibiendo que se tocara á Tolstoi. Desde entonces el gran pensador vivió en

radador que representa el zar. La religión rusa es la Católica Griega y su jefe supremo es el mismo emperador.

Tolstoi fué escomulgado por este Santo Sínodo, en '90', después de publicarse su famosa novela *Resurrección*. Moribundo Tolstoi, el gobierno ruso quiso que el Santo Sínodo le levantara la escomunión, pero éste se negó á ello, exigiendo que el ilustre pensador se retractara antes de sus herejías. Pero es verdad que Tolstoi ni pidió ni deseó reconciliarse con la Iglesia; murió dando el buen ejemplo, hasta la muerte, de un anciano leal con sus convicciones de hombre libre.

¹ Desempeñó este cargo de 1861 á 1862.

una paz relativa. La inviolabilidad de su persona se impuso. En lo sucesivo, qué gobierno se habría atrevido, sin riesgo de la reprobación universal, á molestar al ilustre anciano, cuya apacible gloria asciende como un sol bienhechor, tras los árboles seculares del bosque de Iasnaia-Poliana?

SERGIO PERSKY ¹

París, agosto, 1909.

¹ Sin referencias de este buen autor. Sabemos que ha traducido al francés las obras de los célebres novelistas rusos, Gorky, Andréief y Merejkowski. Es autor, además, de algunos estudios literarios y de obras teatrales. Sólo conocemos de sus obras esta que hoy traducimos casi totalmente—primera traducción castellana, según nuestras noticias—para recreo y edificación de los lectores de esta BIBLIOTECA.

Iasnaia-Poliana

Iasnaia-Poliana, ¹ antigua posesión patrimonial de los príncipes Volkonsky, propiedad de la familia Tolstoi, no se distingue en nada, por su aspecto, de las demás residencias señoriales del centro de Rusia; y si su nombre goza de fama universal, es únicamente porque allí nació el conde Tolstoi, ² allí ha pasado su infancia y la segunda mitad de su vida.

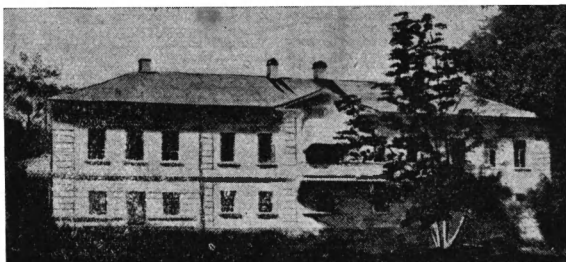
Los visitantes rusos y extranjeros han descrito muchas veces Iasnaia-Poliana, lo pintoresco de su situación, el inmenso bosque «Zasieka» que la rodea, la casa misma con sus alamedas de tilos centenarios plantados por un príncipe Volkonsky, abuelo del escritor; los cuatro estanques y el parque señorial, inculto y breñoso, rodeado de una muralla; las dos redondas torres de ladrillo, construidas sobre esta muralla, y ante las cuales había siempre un centinela á principios del pasado siglo, en testimonio del alto rango del propietario, general de un cuerpo del ejército en tiempo de Pablo I, las conoce todo el mundo lo mismo en Europa que en América. Hoy día estas torres están casi derruidas y cubiertas de musgo, y el nieto del general príncipe Volkonsky, vestido con una blusa azul, calzado con grandes botas, habla á sus visitantes de una existencia conforme con la doctrina de Cristo y con el misterio de la muerte, del cual «ningún centinela, ni ninguna torre de piedra puede preservar al hombre».

¹ Á 16 kilómetros Sur de la ciudad de Tula, capital de la provincia del mismo nombre, en la Rusia europea; y á poco menos de 282 kilómetros de la gran ciudad de Moscovia.

² El 9 de setiembre de 1828.

En otros tiempos, Iasnaia-Poliana era una casa señorial con innumerables salones, en los cuales la nobleza de entonces, servida por una nube de dóciles lacayos, reinaba sobre los siervos y se enorgullecía de sus cuantiosas rentas. Hace tiempo que se quemó este edificio; dos alas no más quedan de él: en la uno habitan el conde Tolstoi y su numerosa familia, en la segunda se alojan los huéspedes y los admiradores que llegan en peregrinación á Iasnaia-Poliana.

El edificio que ocupa el escritor, de dos pisos, es de una arquitectura muy sencilla y desprovista



La casa de Tolstoi en Iasnaia-Poliana

de adornos. Nada indica que los propietarios son muy ricos; al contrario, es notable la sencillez de esta casa. Los retratos de antepasados que adornan la sala del primer piso, son los únicos objetos que recuerdan al visitante que se halla en la morada del descendiente de una familia de alto rango.

El despacho de Tolstoi parece el cuarto de un estudiante laborioso y de escasos recursos. Una mesa, algunas sillas, un sofá, un estante, componen todo el mobiliario. En uno de los ángulos está el busto de Nicolás Tolstoi, hermano mayor del autor, fallecido hace muchos años. Adornan las paredes cuadros y grabados, entre otros, un gran retrato de Schopenhauer y una fotografía hecha en

1856, que representa un grupo de literatos rusos célebres: Tolstoi, Grigorovitch, Gontcharof, Turguénief, Droujinine y Ostrovsky. Tolstoi está de uniforme y con los brazos cruzados. Toda su persona, soberbiamente apuesta, y sobre todo la mirada desdenosa de sus ojos pensativos, respiran el ardor y la fiereza masculina del gallardo oficial que fué Tolstoi en su juventud.

La biblioteca del conde, muy importante, consta de miles de volúmenes, en los cinco ó seis idiomas que habla Tolstoi. Allí están todos los clásicos de la literatura rusa y extranjera y multitud de obras teológicas.

En aquel apacible retiro se concibieron y se escribieron obras como *La Guerra y la Paz*, *Ana Karenina*, y casi todas las obras más famosas del gran escritor: *Confesión*, *Cuál es mi Fé*, *La muerte de Ivan Ilitch*: *La sonata de Kreutzer*, *Resurrección*.¹ Por eso hemos querido describir sucintamente Iasnaia-Poliana, tan célebre en el mundo entero como el Ferney de Voltaire, el Coppet de Madama de Staël y las Charmettes de Juan Jacobo Rousseau.

Nicolás Palkine

A principios de la primavera de 1886, dos peregrinos de alpagatas y alforjas entraban por el portón monumental del parque de Iasnaia-Poliana.

Animados y joviales, con la tez bronceada por el sol y el viento, tenían el aspecto franco y dichoso que da el sentimiento de un trabajo que se ha cumplido bien.

Uno de los peregrinos era León Tolstoi y el otro el joven Gaye, hijo del célebre pintor Nicolás Gaye.

Seis días antes habían salido de Moscovia y

¹ Otras obras de Tolstoi: *Los cuatro Evangelios*. *De la vida*. *La salvación está en vosotros*. *Infancia-Adolescencia-Juventud*. *Los cosacos*. *El Príncipe Neklioudow*. *Recuerdos de Sebastopol*. *Qué es el arte?*. *Cuentos populares*. *Qué hacer?*. *Lo que debe hacerse*, etc.

habían recorrido 200 kilómetros á pie, por el gran camino que conduce á Kiew. Este viaje había entusiasmado tanto á Tolstoi, que apenas llegó á su casa, contó sus impresiones á los que le rodeaban.

—Nunca he gozado tanto, dijo. Gastando así las fuerzas, luchando con los obstáculos del camino, es como uno se acerca á la Divinidad, que se manifiesta sobretodo en los hombres del pueblo. Por lo mismo, es instructivo y benéfico comunicarse con su pensamiento. Ah! qué bella historia he oido de Nicolás Palkine. ¹

Un amable anciano, junto al cual dormí, sobre una estufa, en una aldea cercana á Serpouckof, me ha contado, con un realismo sorprendente, los horrores de esa época terrible, cuyo fin alcancé á ver.

«Entonces, me decía el anciano, no se había quitado uno los pantalones, cuando ya le habían dado cincuenta palos. No pasaba semana sin que un hombre ó dos del regimiento fueran azotados hasta morir. Sólo de castigos se oía hablar! Y los palos llovían en centenares». Si Dios quiere, espondré todo esto en la forma anhelada, aunque temo escribir á la vieja manera y para el público letrado! Cuántas veces me digo: «Este libro será el último que yo escriba para esta sociedad artificial, ya es tiempo de que nosotros, los escritores, escribamos nuestras obras para quienes las necesitan de veras». Pero no he cumplido mi palabra. Así pensaba después de publicada *La muerte de Ivan Ilitch*, después de *Qué es preciso hacer?*, y siempre volvía al surco de costumbre y no hablaba como habría debido hacerlo, descuidando á los lectores á quienes debía dirigirme.

Acabamos de recorrer una larga extensión; hemos visto á millares de personas, hemos conversado con centenares de ellas sobre asuntos de la intimidad ó de un interés general—

¹ *Palkine* (*Palka*, bastón), apodo del zar Nicolás I. *Nicolás Palkine*, como quien dice, Nicolás que da palo.

Gaye es testigo—y en tanto que ellos expresaban libre y claramente sus ideas sobre las cuestiones más diversas, nosotros hemos estado torpes, buscando las palabras, sintiéndonos parecidos á niños, lo que en realidad somos. Las gentes del pueblo son nuestros mayores, nosotros, sus hermanos menores, no lo olvidemos. Y mientras la opinión nuestra al respecto no cambie, mientras los consideremos como sirvientes en vez de lo que son, nuestros amos, nuestra vida no podrá encaminarse hacia la unión y el trabajo para el pueblo. En nuestra presunción, continuaremos atrayéndonos, como el diablo tiraba de la vaca por los cuernos para que paciera el musgo sobre el techo; engañando y despojando al pueblo, también continuaremos degenerando y pereceremos en nuestra propia mentira é infamia...

En tres días, Tolstoi se alistó una historia enérgica y pintoresca sobre Nicolás Palkine. Apenas salió, el folleto fue confiscado y preso el editor. Atormentado por su conciencia, Tolstoi se trasladó entonces á Moscovia, á casa del comandante de policía y le suplicó que libertara al editor y lo aprisionara á él, á Tolstoi, en vez del inocente «pues, dijo, yo soy el único responsable».

El general sonrió y repuso:—Conde, vuestra gloria literaria es tan grande que la celda de la prisión sería demasiado estrecha para ella.

Enseguida dieron libertad al editor.

Tolstoi enfermo

Corría el año 1886; León Nicolaiévitch llevaba quince días de estar enfermo, y aun cuando iba mejorando bastante, debía, sin embargo, permanecer en cama. Le estaba prohibido volverse ó sentarse y para poder leer ó escribir con más facilidad, se le había arreglado una especie de pupitre con una tabla puesta oblicuamente. En esa tabla Tolstoi comenzó á es-

cribir *El Poder de las Tinieblas*. Uno de sus viejos amigos y admiradores, el gran pintor Nicolás Gaye, no se separaba de él.

Cierto día, dos discípulos de Tolstoi vinieron á verlo, y acompañados de Gaye, entraron al dormitorio del gran escritor. Estaba despierto. Sus grandes ojos abiertos y brillantes, estaban velados por una especie de enternecida dulzura. Cuando sus discípulos entraron, cogidos de los brazos, dijo con una sonrisa luminosa y trasfigurada, como si nada en él hubiese de carnal:

—Veo que os amais! eso es lo que quería Nuestro Señor!

Sus ojos se humedecieron; entornó los párpados para ocultar una lágrima. Vibraba su voz como ahogada por los espasmos; aumentaba su pulso, lo que siempre le sucede cuando siente llegar la inspiración y cuando está poseído de numerosas imágenes. Quienes lo escuchan, en general se sienten particularmente afectados por ellas. La expresión «Nuestro Señor», pronunciada en voz baja y sincera, salió acentuada de tal modo, que conmovió profundamente á las visitas. Esta enternecedora inflexión de voz, explicaba mucho mejor que largos tratados, cuán cerca está Tolstoi de Cristo.

—He orado, continuó, y solamente hoy he comprendido la oración. En otro tiempo, me detenía siempre al pronunciar una palabra, creyendo que había en ella un sentido superior, incomprensible para mí; sin cesar volvía al estudio de esta palabra, pues se me escapaba á la reflexión y su verdadero sentido no se me había revelado. Pero ahora ya la interprete y poco á poco resplandece para mí. Dice la oración: «No nos dejes caer en tentación, mas líbranos de todo mal». Por qué este *mas*? Más bien habría debido decirse: «No nos dejes caer en tentación, y líbranos de todo mal». He buscado en todos los antiguos textos y manuscritos y por doquiera he hallado *mas*, en griego *alla*.

Qué profundo sentido hay en esta palabrita. Cuando estamos oprimidos por las calamidades, enfermos, ó cuando caemos en la miseria, cuando somos odiados, perseguidos, prisioneros, sufrimos. Todas estas formas de desdicha están señaladas en la Oración Dominical con esta hermosa palabra «tentación», tan interesante por su significado. Se nos pone á prueba, como se hace con el oro por medio de los ácidos. Estas pruebas nos desesperan: á duras penas las soportamos y si pudiéramos, evitaríamos la tentación. Pero esta desdicha visible, que no depende de nosotros, de la cual participamos por casualidad, repentinamente, más bien concierne á nuestro cuerpo (miserias, enfermedades, prisiones).

Y esto no es tan terrible. Más grave es lo que hay en nosotros cuando estamos afligidos, nuestro modo de aceptar la desdicha. Allí está lo esencial; allí está el *mal*, es decir el error, que nos presenta siempre nuestras enfermedades más terribles de lo que en realidad son; él origina el miedo, evocando la ruina inevitable, y llena el alma de murmuraciones y anatemas; siembra allí una piedad mentirosa, y el ácido corrosivo de la tentación, en efecto, se vuelve intolerable; se trasforma en un infierno de desesperación y de tinieblas.

He allí lo terrible! He allí por qué se dice: «*mas líbranos de todo mal*».

En efecto, importa mucho más librarse del error interno que de las desdichas ocasionales que existen fuera de nosotros.

Y solo ahora es cuando veo qué significado superior y alegre encierran estas palabras sencillas, pero fuertes...

El mosquito

En 1893, el hambre hacía estragos en algunas provincias. Tan pronto como esto se supo en Iasnaia-Poliana, Tolstoi, en compañía de numerosos amigos y discípulos, partió para Poltava, con el fin de organizar allí los socorros. De todas partes llegaban obsequios: pan, legumbres, dinero, lo que se mandaba al instante al gran hospital de la ciudad, en donde el Director, el médico Volkenstein, amigo de Tolstoi, se ocupaba en distribuir del mejor modo posible. Bien pronto la provincia se conmovió. Se alababa calurosamente á la comunidad tolstoiana y los regalos aumentaron más y más.

Cuando el Gobernador de Poltava se enteró de estas cosas, prohibió á los amigos de Tolstoi que continuaran en su obra.

Citó al doctor Volkenstein para manifestarle lo siguiente: Con la recolecta de limosnas para los hambrientos, vuestros tolstoianos han provocado una efervescencia peligrosa en la ciudad. Ellos se imponen con su ejemplo. Estas gentes que se sacrifican por el pueblo, conquistándose la simpatía general, originan una corriente de ideas poco deseable. Se critica al gobierno, se agitan; yo no quiero eso. En las alturas me harán responsable de semejantes desórdenes. Quiero sofocar el mal en su cuna. La recolecta de pan ó de dinero no es asunto que incumbe á vuestros amigos. Les direis que si no renuncian á ello dentro de veinticuatro horas, los enviaré á Siberia con todos los «requisitos legales»...

—Pero si no son revolucionarios, Excelencia, dijo el doctor aterrorizado.

—Los peores revolucionarios son justamente estos evangelistas, de modales resignados, que van con los brazos en cruz sobre el pecho. Estos apóstoles que enseñan la «buena nueva» han sido siempre los destructores más terribles. Y aquí para entre nos, quién sino el Cristo mismo fué el que trajo consigo esta semilla? Os lo digo sinceramente y no en secreto, pues estoy dispuesto á repetirlo

voz alta delante de todo el mundo, que si en nuestros días, aquí en Poltava, Jesús volviera á predicar la reforma de las costumbres, yo estaría obligado á darle á mi prefecto de policía, Ivanof, la orden de prenderlo. Y una vez en capilla, sería enviado, al instante, á los «países lejanos».

*

Al otro día, varios de los tolstoianos se trasladaron á la provincia de Voronega, para organizar allí la distribución de víveres; la recolecta de limosnas cesó en Poltava.

Cuando le contaron á Tolstoi lo que había dicho este amable gobernador (llamado Kossagowsky), arrugó el ceño y exclamó con aire severo:—Ha dicho cuanto opinaba! así debieran proceder todos, en vez de entregarse á ese juego hipócrita que consiste en revestirse con el manto del misticismo cristiano y en besar la Sagrada Biblia el domingo, en tanto que no pierden ocasión, durante la semana, de crucificar sin piedad á Jesús, en nombre de implacables cánones.

Pero yo distingo algo más todavía en las palabras cínicas de este sátrapa orgulloso; es la febril agitación de un espíritu inquieto. Y esta inquietud del poder, á pesar de su apariencia majestuosa, es muy instructiva. Reflexiónese qué puede ser, en realidad, un grupo de hombres delante de la muchedumbre de esclavos armados y disciplinados, á las órdenes de un gobernador embriagado por el sentimiento de su fuerza, y que puede ordenar lo que á bien tenga. En efecto, para él todo es posible; en veinticuatro horas puede, como un buitre, destruir el pequeño nido de golondrinas; este nido le parece terrible, terrible por su pequeñez y por el poder que tienen sus habitantes de penetrar doquiera. A propósito de esto, me acuerdo de una leyenda cuyo protagonista es Tito, el destructor de Jerusalén. Hela aquí:

«Victorioso, Tito entra al Templo, se lanza osado hacia el sitio más venerable, arranca el velo de

oro que cubre el arca de alianza, saca el rollo de la ley, lo arroja al suelo y lo pisotea.

—En dónde está el Dios de este pueblo! esclama. Que muestre ese poderío suyo de que tanto se habla! He luchado contra él, en su propia casa y lo he derribado.

Así que reunió todos los tesoros y los objetos preciosos del Templo, Tito cargó con ellos un navío y se volvió á Roma con el proposito de gozar allí de su gloria de triunfador. Hacía buen tiempo, un viento favorable hinchaba las velas, apresurando alegremente el retorno del navío.

Pero á poco se levantó una tempestad y el altanero navío se puso á bailar como una cáscara de nuez sobre las olas. Hacía agua y zozobraba. Tito rechinó los dientes y gritó: «Sólo en el mar es poderoso el Dios de Israel! Con el agua castigó á los descendientes pecadores de Noé; con el agua castigó á Faraón y sus ejércitos y con el agua me quiere castigar. No! Si es poderoso que muestre su fuerza en tierra».

Algo brilló en las nubes y una voz resonó en el cielo: «Infimo gusanillo! verás lo que concluirá con tu majestad terrestre!»

Pasaron las nubes, amainó el viento y las olas se apaciguaron. El navío ancló y Tito, feliz y altanero, desembarcó, respirando á pulmón lleno el aire fresco que venía de las verdes praderas de la Italia.

No se dió cuenta de que con el aire, un insectillo había entrado por la nariz y con las patas se abría un camino más y más profundo. Llegó al cerebro, picándolo allí; entonces fué cuando el emperador lo sintió. Era un mosquito y en vano trataron de desalojarlo los médicos más entendidos. Dolores atroces atormentaron á Tito.

Se cuenta que durante siete años no tuvo ni sueño ni reposo: en ninguna parte hallaba la tranquilidad. Cierto día, al pasar por delante de una fragua, Tito sintió que el mosquito, aturdido con los golpes del martillo, había cesado de picarle el cerebro. Entonces el emperador traslado al herrero á su palacio, y le ordenó que sin cesar golpeará sobre el yunque.

Sin embargo, el mosquito se acostumbró al ruido del martillo y prosiguió en su tarea tan activo como antes.

Tito no pudo soportarlo por más tiempo...»

—Es así como proceden los Titos de nuestros días, concluyó Tolstoi. Sus golpes sonoros resuenan en el mundo entero, y el ruido de los cerrojos herrumbrados ha colmado nuestra vida.

El agente de policía

«La doctrina corriente contradice el Evangelio de Cristo».

Tolstoi cita amenudo este pensamiento y es preciso reconocer que en él reside la fuerza de su enseñanza. A propósito de esto, una tarde de febrero de 1890, nos contó la agradable historia que sigue:

—Hace algunas semanas, paseándome por Moscovia, ví á un policía que espulsaba rudamente á un miserable de un portal, en donde era prohibido estacionarse.

—«Has leído el Nuevo Testamento?» le pregunté al policía.—«Sí!»—«Y has leído tú el versículo en que se dice que es preciso auxiliar á los desgraciados?» Cité el pasaje en referencia. El hombre lo conocía: ya lo había oído. Ví que estaba turbado. Sufría visiblemente al hallar que pecaba con el cumplimiento celoso de su deber, cuando espulsaba á los pobres conforme se le había ordenado. Estaba confuso y trataba de justificarse. De pronto, resplandecieron sus ojos, se volvió rápidamente, como si quisiera alejarse, cambiando de parecer después:—«Y Ud., Ud. ha leído nuestro reglamento de policía?», me preguntó. Le confesé mi ignorancia al respecto.—«Pues bien, no discuta entonces!» replicó sacudiendo la cabeza con un aire triunfal. Cerrando su capote, se volvió en seguida á su sitio. En toda mi vida, he hallado otro hombre que sea capaz de resolver con una lógica semejante el problema fatal planteado á mi conciencia y á la de todo ser que se dice cristiano...

El Evangelio de Jesús, concluyó Tolstoi, descausa en el amor y la fraternidad, nuestra vida, sobre la violencia. El fuerte domina al débil, el instruido al ignorante, el rico al pobre; los talentosos dominan á los que no lo tienen...

Los temperantes

En una tarde estival del año 1885, Tolstoi ordenó al estarosta de Iasnaia-Poliana que convocara á los vecinos para una asamblea al día siguiente á las diez.

A la hora indicada, todos los mujiks se habían reunido.

Frente á la casa municipal se colocó una mesa y un banco. León Nicolaiévitch sacó de su bolsillo una hoja de papel, un tintero y una pluma. La curiosa muchedumbre aumentaba siempre. La mirada penetrante y autoritaria del conde, ya se detenía sobre uno, ya sobre otro. Había no pocas mujeres y niños: todo el mundo estaba allí, había curiosidad por saber lo que Tolstoi iba á decir.

—Voy á conversaros sobre la ebriedad, dijo.

Y espuso en términos sencillos y claros el peligro que ofrece el abuso del alcohol y del tabaco, las enfermedades que de ello resultan.

Hablaba poco á poco, con un tono persuasivo, robusteciendo su discurso con argumentos, comparaciones imprevistas, bien escogidas, al alcance de todos los entendimientos.

Las mujeres exhortaron á sus maridos para que siguieran los consejos de León Nicolaiévitch.

Aquí y allá resonaron voces.

—Eso es muy cierto!

—Teneis razón!

—Eso es justo!

—Pues bien, replicó el conde, aquellos que se comprometan desde ahora en adelante á no beber más aguardiente, que firmen este papel. Aceptais?

—Con permiso, gritó una voz ronca.

—Campo á Egor Ivanitsch, dijeron los campesinos. Y vióse aparecer un mujik de risueño aspecto.

—Quiero hablar algo apropósito de la ebriedad, dijo al conde. Así, indicaré que en las bodas, los nacimientos, los bautismos, no es posible prescindir del alcohol. Puede uno hasta dejar de fumar, se bota el cigarrillo y ya está; pero el aguardiente, eso es muy distinto, es una cosa necesaria, indispensable! Nuestros padres lo bebían... nosotros debemos hacer lo mismo.

—Puede reemplazarse el alcohol por un refresco de sirope, replicó Tolstoi. En el Sur es eso lo que toman con sorbetes espesos como la miel.

—Y eso no embriaga?, preguntaron varias personas á la vez.

—No!

—Tápate la boca con la mano, que se te ha quedado muy abierta, Egor, murmuraron voces femeninas. Se te dijo que firmarás, si no...

—Qué hay, consentís?, preguntó de nuevo el conde.

—Sí, sí!, gritó la muchedumbre, acercándose todos los mujiks á la mesa.

Las mujeres estaban radiantes, los niños también contentos, con la idea de saborear el sorbete y los confites.

—Entonces ni alcohol, ni tabaco?, decían los mujiks.

—No; ni beber, ni fumar; lo habeis prometido.

—Traed los azadones y abrid aquí un hueco, ordenó León Nicolaiévitch.

Esta orden inesperada sorprendió á todos, pero se buscaron los utensilios pedidos y se abrió una profunda fosa.

—Qué irá á pasar, Dios mío!, decían las mujeres suspirando, cada vez más sorprendidas.

—Y ahora, que los fumadores boten su tabaco.

—Las pipas también?, interrogaron algunas voces.

—Las pipas también.

En la fosa caían cigarrros, puros, picadura, mangos de pipa, cigarreras de rosal ó de cerezo, verdadera industria campesina. Todo esto en tal cantidad que se habría podido surtir todo una tienda.

Fue entonces cuando se acercó un muchacho al borde de la fosa, sacó del bolsillo una soberbia tabaquera de seda, adornada de franjas, quizá regalo de alguna novia, y vació el contenido en el hueco.

Iba á colocar de nuevo la tabaquera en su bolsillo, cuando los concurrentes, dando aullidos, arrebataron la bolsa, la desmenuzaron y la echaron á la fosa.

Poco á poco los firmantes se alejaron cabizbajos de la mesa, y León Nicolaievitch se marchó contento, después de haberles deseado bastante fuerza de voluntad para mantener lo prometido.

*

En el camino, Tolstoi se topó con su amigo, Pedro Osipof y le contó lo que había sucedido en la asamblea.

—Estoy tan seguro de que no cumplirán su promesa, León Nicolaiévitch, como de que soy nieto del conde Danilewsky.

Pedro Osipof tenía razón, porque los campesinos no supieron resistir á los vicios y de nuevo comenzaron á fumar, faltando así, uno después del otro, á sus compromisos.

Cuando el conde atravesaba la aldea, todos pensaban: «Ya nos está vigilando», y botaban los cigarrros.

Efectivamente, Tolstoi estableció una vigilancia y pasó todas las tardes por debajo de las ventanas de la aldea. Entonces pudo ver, entristecido, que los campesinos fumaban muy tranquilos su tabaco y bebían aguardiente y cerveza.

Los colaboradores de Tolstoi

Tolstoi organizaba diariamente, en su pueblo, sesiones de lectura después de comida. Poco á poco se unieron á los discípulos los jóvenes y luego los padres y los ancianos. «Es muy interesante lo que nos dicen!» declaraban esas buenas gentes, como justificando el que, á su edad, se dejaran cautivar por bagatelas como las de los libros.

Tolstoi asistía también á esas lecturas; sentado en uno de los últimos bancos, escuchaba desde allí. Durante la lectura y después de ella, mantenían los campesinos animados diálogos en los cuales se mezclaba Tolstoi con verdadero entusiasmo. Hablaba la lengua popular con más belleza é inspiración todavía que la lengua literaria, pero en aquellas pláticas no ejercía de maestro sino más bien de discípulo dócil y atento.

—Cuán pocos de nosotros sabemos en donde se hallan nuestras verdaderas alegrías! decía una vez: una hora de comunión como aquella vale más que todos los saraos y las reuniones de moda. El pueblo es un gran educador.

Una tarde, después de la lectura de un relato corto, Tolstoi sacó de su bolsillo un cuaderno y dijo á los asistentes: «Yo también quiero leeros una cosa que he escrito: es un cuento...»

Y con voz clara y sonora les leyó su célebre *Ivan el Imbécil*.

El cuento gustó. Los viejos lo alabaron y los jóvenes, recordando los episodios principales, cambiaron impresiones.

—Nos alegramos que le pasara eso á ese villano...!

—Vaya un hombre malicioso!

Viendo Tolstoi que en uno de los campesinos había producido la lectura mayor efecto que en los demás, le dijo: «Vamos, Andrés, repítenos la historia, yo te lo ruego!» El campesino asintió, afirmando que era capaz de repetirla palabra por palabra. Empezó, pero con gran sorpresa de todos, su relato no correspondía con el original, tantas

fueron las modificaciones que introdujo, los giros que empleó y las palabras de que hubo de valerse; en cierto lugar alteró la trama del cuento. Algunos campesinos estuvieron listos á interrumpirlo y á reprenderlo: «No mientas, eso era así...»

Pero Tolstoi anotaba con entusiasmo las variantes del narrador é imponía silencio á sus compañeros: «No, no, que lo cuente! Habla bien!»

Era aquel campesino el más pobre de la aldea; vivía al final de la calle y por eso le llamaban *Andrés el Estremo*; su choza era miserable, la cerca de su huerto apenas existía, por lo que le llamaban también *Andrés el Arruinado*; pero tenía el don de la palabra y le gustaban estremadamente los libros.

Había leído como cincuenta veces la novelita de Savitkine titulada *El Abuelo Sofrón* y se la sabía de memoria. Toda su familia conocía ese libro y había llorado por la triste suerte del buen viejo.

—Mi Dios Misericordioso! suspiraba á veces Andrés, contando por la centésima vez los pasajes más «patéticos»; y estas palabras «Mi Dios Misericordioso», las pronunciaba aspirando el aire, tan bien que parecía que las palabras se articulaban por dentro y no que salían por la boca.

Y este Andrés era quien repetía el cuento *Ivan el Imbécil*.

Tolstoi tomaba notas y se entusiasmaba cuando una imagen, una frase ingeniosa, una palabra interesante salían de los labios de Andrés, maestro consumado en este arte.

*

El cuento se publicó, pero con arreglo á la versión del campesino.

—Este es mi método, declaró Tolstoi. Los campesinos me corrijen y me enseñan á escribir. No hay otra manera de componer una obra popular.

Los pedagogos

Treinta niños estaban reunidos en la escuela de Iasnaia-Poliana. Era en junio de 1890. El maestro leía en voz alta *Vlass*, el poema popular de Nekrassof. Los niños estaban vibrantes de entusiasmo; la alegría de penetrar en ese mundo especial de belleza nueva, iluminaba sus ojos, y los oídos recogían ávidamente las frases de esta maravillosa historia. Qué le sucedería al culpable Vlass?

“Prestareis tu ayuda á quien despojó de su ropa al pastor, á quien se robó la mochila del pobre?”

La voz del lector resonaba amenazante en la sala y los niños acezaban de emoción.

De pronto, la vieja puerta se abrió cuan grande era; los hijos del conde Tolstoi y su sobrino Micha entraron ruidosamente, gritando y riéndose, con el propósito de escuchar la lectura del maestro. Confusos por haber interrumpido la clase, los hijos de Tolstoi ocuparon su sitio y se callaron, pero Micha, un niño consentido y revoltoso, atravesó corriendo el aula y llegando al último banco, saltó sobre las espaldas de un chicuelo á quien tiró de las orejas. El chico se puso á dar alaridos: «Déjame, déjame. Me haces daño».

En otra ocasión, toda la clase habría reído y la travesura de Micha habría hallado imitadores. Pero el poema era demasiado atrayente para que se dejara á un lado con facilidad. Todas las cabezas se volvieron hacia el interruptor y las furiosas miradas cayeron sobre el insolente que no les permitía escuchar. Con el propósito de llamar la atención de Micha é interesarlo, el maestro de escuela continuó su lectura alzando la voz. Pero Micha soltó al granuja para brincar sobre el banco, en donde comenzó á golpear con el pie, soltando estridentes carcajadas. Estaba encantado con llamar la atención de todo el mundo y desempeñar un papel.

—Ya es bastante, Micha! Permitenos escuchar el cuento, suplicaron algunos escolares.

—Es tan bello que se le va á uno la respiración! añadieron otros para persuadirlo.

Micha se hizo el sordo; continuó riéndose más y saltando y silbando.

—Ya esto es demasiado, gritaron varios alumnos, dirigiéndose al maestro. Qué es necesario hacerle?

—Esperemos, tal vez se calme! respondió éste.

—Pero no, replicaron, está rabioso, continuará chillando hasta mañana! Es preciso hacerle callar. Vania, sácalo pues!

Vania, hijo de un zapatero de la aldea, era un muchacho rechoncho, de cara grande, manchada de pecas. Era un alumno bien dotado, inteligente y despierto que hacía composiciones bastante buenas y disfrutaba de las simpatías de todos sus compañeros. Salió sin decir palabra y en seguida volvió, trayendo un objeto de metal en la mano.

—Maestro, dijo, vamos á llevarlo al encierro, lo permitís? Y quedará bien seguro, custodiado por este perrito, concluyó, mostrando la cadena que tenía en la mano.

—Nosotros lo encerraremos! lo encerraremos! repitió la clase en coro. Préndelo Vania!

Se precipitó sobre Micha. Diez ó doce manecitas valerosas lo alzaron como una pluma, lo trasladaron al vestíbulo, luego al cuarto vecino.

La puerta quedó cerrada con llave.

Mientras tanto, el conde llegó, sorprendido y sonriente.

—Qué pasa aquí?

—Hay un prisionero! dijeron los escolares, mostrando la cadena.

Micha, que hasta entonces no había cesado de reír y aun silbar detrás de la puerta, al oír á Tolstoi, se puso á llorar y á gimotear:

—Abreme, tío León!

—No tengo derecho para ello! repuso éste, que ya estaba enterado. Sométete, promete á tus camaradas no interrumpirlos más y permanecer tranquilo.

—Lo prometo! dijo Micha con una voz lánguida.

Una risa general le respondió y la cadena fué quitada. Micha salió muy triste, con la cara roja de tanto llorar y las manos cubiertas de hollín. Yo quería escaparme por la chimenea, confesó, me he encaramado en la estufa, pero he tenido miedo, porque el tubo estaba muy negro!

Los escolares lanzaron una nueva carcajada: «Qué lástima! Habrías salido de la estufa hecho un negro completo!...»

Uno de ellos recitó un verso de *Vlass*:

Los Etiopes son negros y sus ojos brillan como carbones!

En seguida cada uno volvió á su puesto. No sólo se escuchó *Vlass* hasta el fin, sino que los cuarteos más impresionantes fueron luego aprendidos de memoria; y los escolares, Micha inclusive, prometieron saberlo «todo» para el día siguiente.

*

Cuando por la tarde, en la mesa, se volvió á hablar de este asunto, Tolstoi dijo:

—Evidentemente se han equivocado los niños al castigar, pero está bien que ellos mismos hayan castigado. Procediendo así, se han engrandecido á sus propios ojos; comprenden que son seres responsables y que pueden realizar una acción importante, en conjunto, á la luz del razonamiento. Por otra parte, esta manera de fiarse de su razón y de su justicia, sin duda desarrolla en ellos el ejercicio de estas facultades. En esto precisamente consiste el error de nuestros admirables pedagogos; ellos, que no conocen el alma humana, creen que el niño es un ser sin personalidad, y se permiten hacer con los alumnos experiencias crueles, valiéndose de burlas que pueden compararse á la vivisección, tanto torturan esas pobres almas. «Pero, acuérdate que son niños y que es preciso formarlos!» y se han creado sistemas de tutela desagradables y estúpidos, que privan al niño del mejor bien de la vida: la independencia y la libertad. Estos pedagogos testarudos, acorazados de prejuicios, cons-

truyen montañas de teorías y no permiten dar un paso á sus discípulos mártires. Cojidos de las riendas, refrenan hasta obtener la locura; con sospechas continuas y órdenes fastidiosas, les empobrecen el corazón. Los ofenden en el más sagrado sentimiento del alma humana, la conciencia de la honradez personal. Esta manera de proceder, digna de los inquisidores, llena el alma de incertidumbre y la marchita, acostumbra á los chicos á ser guiados, á aceptar servilmente toda doctrina espiritual, lo que es humillante. Los niños lo sienten; se vengan de sus perseguidores para toda la vida, y con ellos, odian la ciencia que representan. Y los pedagogos de librea, bajo el arnés, continúan trotando por la vieja senda; ve y trata de desviarlos! Son las gentes más difíciles de convencer! Sería más fácil trasportar esa colina del sitio en que se halla á otro (Tolstoi señaló las eminencias que se distinguen más allá del dominio), desramar con las manos un árbol caído, desviar el Volga de su lecho, que persuadir á nuestros pedagogos de sus errores.

No sin razón, los abogados los escluyen de la lista de jurados asesores. Saben que su corazón está envuelto en las espinas de la desconfianza y que jamás perdonarán los pecados de los otros. Por el contrario, dirán con un silbido malévolo: «Crucifícadle!»

Dios mío, en qué manos están las almas que sería preciso desenvolver!

Una lágrima

Tolstoi se interesa mucho por la literatura hebrea y lee todo lo que se relacione con la Biblia y el Talmud. Pero le fascina, sobre todo, el mundo maravilloso de las leyendas antiguas, llenas de una luminosa y radiante inspiración.

—Hay en estas leyendas algo estraordinariamente dulce, una majestad que conmueve, como la de la aurora de un hermoso día estival, dice. Valen, sobretodo, porque en ellas siempre aparece

el eterno tema, el de los misterios del alma humana. Y como se tocan con el cristianismo, podría decirse que uno lo palpa á través de estos símbolos, como cree poder tocar con la mano el cielo en el horizonte.

A Tolstoi le gusta trascribir estos apólogos, saturándolos del espíritu cristiano. Amenudo, habla de este pasado que derrama una dulce claridad sobre el nuevo Evangelio del cual se ha hecho él apóstol.

Estas leyendas olvidadas encierran para él un océano de poesía, océano desaparecido, cuyos desiertos arenales aún conservan algunas huellas de antiguas olas. Entre otras, le gusta la leyenda de la «Sangre vertida», y la cuenta amenudo.

Hela aquí:

«Cuando el rey Nabucodonosor se hubo apoderado de Jerusalén, se dirigió al Templo; se le condujo á la morada de los sacerdotes. Pero se detuvo en el umbral, helado del susto. A sus pies, borboteaba la sangre listada de una clara espuma rosacea.

El rey se sintió entonces invadido por una especie de embriaguez, y se quedó inmóvil y como encadenado.

—Es la sangre de los bueyes, de los carneros y de los corderitos inmolados para el sacrificio, exclamaron los sacerdotes con una voz turbada.

Ordenó Nabucodonosor que se llenara una jarra de la sangre conservada para los sacrificios, á fin de compararla con la que estaba esparcida en el suelo, y halló que era bien distinta la sangre de los animales. Encendido de cólera, exclamó:—Decidme, qué sangre es esta, si no os desollaré vivos y arrojaré vuestros cadáveres para que sean el pasto de las aves carniceras.

Los sacerdotes se asustaron.

—Piedad, señor! Te revelaremos toda la verdad. Con nosotros vivía un sacerdote llamado Zacarías; era un justo. Con estridente voz como la del mar, llamaba al pueblo para que viniera á adorar á Dios, y tronaba en contra de nuestras flaquezas, prediciendo los incendios, la peste y la esclavitud, cosas

que se han realizado todas. Pero excitó la furia del pueblo y fué hecho pedazos. Aquí, en el Templo de Dios, delante del altar, fué destrozado en el momento mismo en que de sus labios salían las predicciones. Desde ese día, nada ha podido lavar la sangre de la víctima; allí está siempre, gritando venganza al cielo, acusando á los asesinos ante el trono de la justicia divina.

—Ah! siendo así, exclamó el rey, yo apaciguaré esa sangre y la vengaré.

Ordenó el degüello de los sacerdotes sobre la sangre hirviente del profeta.

Pero la sangre seguía borboteando siempre.

Irritado Nabucodonosor, dispuso que se inmolaran en el mismo sitio numerosos adolescentes é infantes.

La sangre seguía hirviendo.

Entonces el rey agrupó millares de hermosos jóvenes y lindas doncellas, á todos los pasó á cuchillo sobre la misma piedra y mezcló su sangre con la del profeta.

La sangre borboteaba siempre.

—Zacarías! Zacarías! gritó el tirano. Acaso no estás satisfecho? Quieres que yo aniquile toda la Judea?

Voz alguna respondió; solamente la sangre continuaba hirviendo.

—Desdichado de mí, desdichado de mí! gimió el rey desesperado. Si por la sangre de un solo hombre tantas personas deben sufrir, cuál será mi suerte, yo que he derramado la de centenares de miles de criaturas?

Y de sus ojos rodaron las lágrimas que no pudo contener.

Pero la sangre del profeta se apaciguó al contacto de la primera lágrima que cayó al suelo...»

El tinglado de una viuda

Hace algunos años, dos amigos y yo, partimos para Iasnaia-Poliana. Cuando llegamos á la aldea, encontramos á Tolstoi ocupado en construir una estufa en casa de una viuda campesina. Preguntadas las personas que encontrábamos, si habían visto al conde, nos respondían con un placer evidente que ya estaba en el trabajo. Entrando á la cabaña que nos señalaron, vimos á Tolstoi consagrado á su tarea; una que otra vez cruzaba una palabra con la campesina. Tenía el aspecto de un verdadero operario del campo. Su blusa blanca, sucia, manchada de hollín y arcilla, la correa que ceñía su cintura, sus grandes botas de campesino cubiertas hasta arriba de tierra, estaban muy de acuerdo con su bella y noble cabeza, sus anchas espaldas cuyo sudor abundante mojaba la camisa. En cuanto á la campesina, le daba consejos, en confianza, por decirlo así, sin asomos de servilismo. En aquello no veía nada de extraordinario: se trataba sencillamente de un buen hombre que venía en su ayuda.

Después de almuerzo, Tolstoi se fue á leer y escribir; dos horas más tarde, volvió al tinglado que deseaba cubrir. Iba vestido como ya se dijo; no obstante se había cambiado la blusa. Se sabía que no daba dinero á los necesitados, pero que en su dominio, auxiliaba á los campesinos, tanto como le era posible, ofreciéndoles su trabajo personal, materiales para construir y granos para sembrar.

En la construcción del tinglado, lo acompañaban un aldeano compasivo y un obrero joven. Flaco y demacrado, el campesino se llamaba Danilo, dirigía los trabajos y ordenaba sin violencias incómodas. Esta nueva ocupación complacía á Tolstoi; con un regocijo evidente aserraba los horcones, sacaba los em-

palmas, cortaba las clavijas. Demostró habilidad y fuerza cuando se trató de armar el techo, en el manejo y levantamiento de las pesadas soleras. Por vez primera en su vida, Tolstoi colocaba un techo, y en este trabajo ponía el mismo cariño que en la construcción de la estufa, en el otro lindero de la aldea.

Mientras estuvimos en Iasnaia-Poliana, Tolstoi iba todos los días á la aldea para trabajar en el tinglado de la viuda y regresaba tarde á su domicilio. Trabajaba sin fatigarse: más de una vez Danilo repetía con un sincero regocijo: «Ved cómo se empeña el abuelo! Y no está reventado!» Los que necesitaban ver al maestro, iban á la aldea y le hablaban, ayudándole ó simplemente sentados sobre las vigas, no lejos de la basura. Como á las cinco, á la hora del descanso, si Tolstoi no volvía á su casa, se iba á la choza vecina y allí lo obsequiaban con pan y kvas, y se entretenía conversando de este y del otro asunto.

El juicio

Era una tarde estival del año 1900. Estábamos en el jardín de Iasnaia-Poliana, sentados á una gran mesa tendida. Tolstoi nos enseñó un volumen, lujosamente empastado, de leyendas españolas que el autor acababa de mandar.

— Son leyendas bastante bonitas, dijo el conde, pero á mi juicio, distan de ser tan encantadoras como las que se hallan en los antiguos libros judíos. Es una delicia para mí hojearlas y meditar sus enseñanzas. Hace pocos días he leído una que me ha gustado particularmente.

Deseo contárosla:

«Cuando Alejandro el Grande hacía sus conquistas, habiéndose internado muy lejos en el Oriente, llegó cierto día á una región maravillosa en donde todo parecía florecer y regocijarse. Los habitantes

salieron á su encuentro y le ofrecieron pan y manzanas de oro en una mesa de oro.

—Aquí se acostumbra comer el oro? preguntó el monarca sorprendido.

—No, respondieron los enviados. Pero si lo que necesitas es pan, por qué has venido á buscarlo tan lejos? No lo tienes acaso en tu país?

Tal respuesta complació á Alejandro. Quiso conocer la vida de este pueblo. Instalándose en casa del rey del país, presencié, diariamente, la manera como éste practicaba la justicia. Una vez, se presentaron dos hombres.

—Escucha, Rey, le dijo uno de los dos. He comprado una mala finca á este hombre. Para construir en ella una casa, he cavado la tierra y he descubierto una botija de oro, de plata y de piedras preciosas. Le he dicho: «El tesoro te pertenece. Tómallo. He comprado el terreno y no estas riquezas». Tenía yo razón, oh gran Rey? Ordénale que tome el tesoro.

El otro habló así:—Rey grande! Rey justo! Temo adquirir lo que no me pertenece. Le he vendido la finca y todo lo que ella contiene. El tesoro es suyo. Ordénale que lo conserve.

Reflexionó el Rey y dirigiéndose á quien había hablado primero, le preguntó:—Tienes un hijo?

—Gracias á Dios, sí!

—Y tú, tienes una hija? le preguntó al segundo.

—Sí, gracias á Dios!

—Preguntadles si quieren casarse. Si en ello consienten, les dareis como dote ese tesoro. Si no aceptan, dijo al comprador del terreno, sepulta esas riquezas en el sitio donde las encontraste, y allí mismo construye luego tu casa.

Contentos, se alejaron los dos hombres.

Alejandro, sorprendido, exclamó:—Qué extraño país!

—No he dado un juicio sensato? exclamó el Rey. Cómo se habría zanjado la cuestión en tu país?

—En mi país, repuso el conquistador, los dos habrían ido al destierro, y su tesoro habría sido confiscado.

El rey alzó los ojos al cielo.—Grandes dioses! exclamó. Y el sol alumbrá en tu país?

—Alumbrá.

—Y la lluvia cae?

—Cae.

—Entonces para las bestias es para quienes el sol alumbrá y la lluvia cae. Pues los hombres fraudulentos é injustos no son dignos de los beneficios del cielo.

Alejandro, confuso, inclinó la cabeza».

Yo no quiero

que se toque á Tolstoi...

Cuando en 1893, Tolstoi publicó en el *Times*, su artículo sobre el hambre, en el que flagelaba tanto á los altos dignatarios del imperio como á la burocracia entera, la prensa reaccionaria reprodujo esta vigorosa diatriba, acompañándola de comentarios hirientes, inspirados por las instituciones todopoderosas que Tolstoi acababa de atacar. Los conservadores pidieron unánimemente que se castigara al escritor, ya desterrándolo á Siberia, ya encarcelándolo en una fortaleza. Los menos encarnizados se contentaron con desear que lo encerrarán en un monasterio.

Entre tanto, las calumnias seguían su camino. Para impresionar y engañar la opinión pública, favorable hasta entonces al gran pensador, se exhibió á Tolstoi como un revoltoso, un enemigo de la patria, que había puesto su pluma al servicio de una causa funesta y enlodaba á la Rusia en los periódicos extranjeros; se dijo que todo verdadero ruso estaba obligado á odiar en lo sucesivo á este hombre funesto. Esta campaña de venganzas no tardó en dar sus frutos. Numerosos admiradores del escritor, engañados con esta fábula, destrozaron en público los retratos de Tolstoi que conservaban piadosamente en sus casas.

Enterado de estas demostraciones hostiles, observó sonriendo:

—Para qué conservan, por Dios, mi retrato?

Se pretendió que el Santo Sínodo había enviado un obispo á Iasnaia-Poliana en busca del maestro, con quien había conversado largo rato. Los detractores de Tolstoi, de nuevo hablaron de meterlo en un convento donde le fuera prohibido escribir.

Fué en esta época cuando el conde dirigió á uno de sus amigos la siguiente carta:

«Ha circulado el rumor de que me habían apresado. Para desdicha mía y felicidad de mis enemigos, nada semejante me ha sucedido. Veo que apresan á mis discípulos, que se multiplican las vejaciones cuyas inocentes víctimas son mis amigos, pero ay de mí! se me deja tranquilo! No obstante, yo soy el único «peligroso» para las autoridades. Es claro, me creen indigno de ser perseguido. Yo me avergüenzo de ello. Ah! si consintieran en aprisionarme á mí también! Cuán dichoso sería sufriendo á mi vez!...»

*

Una semana después, un alto dignatario de la Corte escribió á Tolstoi, contándole que el consejo de ministros se había ocupado de él en una de las últimas sesiones y había resuelto desterrarlo á una provincia lejana. Pero cuando esta resolución fué sometida á Alejandro III, éste no quiso firmarla.

—He leído el artículo de Tolstoi, había declarado el emperador. Es de una violencia inaudita y encierra acusaciones terribles. Sin embargo, no quiero que se toque á Tolstoi.

Pareciera que el zar actual, Nicolás II, hijo de Alejandro III, recordara las palabras de su padre, cada vez que un ministro le pidió autorización para perseguir á Tolstoi.

Tolstoi y Gorky

En la primavera de 1901, Tolstoi recibió, en Moscovia, á Máximo Gorky, que venía á visitarlo acompañado de algunos amigos. Se habló de las obras del joven maestro.

—Habéis leído, conde, mi novela *Tomás Gordéief*? preguntó Gorky.

—Comencé á leerla, pero no la concluí. Perdonadme. Esa novela no me agrada. Pero he leído, en cambio, una de vuestras novelitas: *La FERIA en Goltwa*, que sí me ha encantado. Todo en ella es sencillo y sincero. La he leído y releído.

Gorky se sorprendió; *Tomás Gordéief*, su primera obra de aliento, era, á su juicio, una de las mejores, en tanto que la novelilla de que le hablaba Tolstoi le parecía de muy escaso valor.

En *La FERIA de Goltwa*, Tolstoi recordaba á Gogol.

—Qué ha sido de nuestro humor nacional? exclamó el conde. Cuánto hay en Gogol y cuánto escasea en nuestros escritores contemporáneos! Solamente Tchirikof conserva á veces huellas de él. He leído con gusto su novelita *En el seno de las Montañas*.

—Pero es una simple anécdota! exclamó Gorky sorprendido.

—Qué importa! replicó el conde. *La Carretela* de Gogol es también una simple anécdota. Y sin embargo se leerá, aun cuando tú y yo hayamos desaparecido de este mundo.

Gorky se calló. Luego conversaron de los escritores extranjeros. Tolstoi habló poco favorablemente de Ibsen. Hallaba ridícula su *Dama del Mar*. En cambio, admiraba sin reserva á Maupassant, á quien llamaba uno de los más grandes pintores de la vida.

—Sin embargo, insinuó Gorky, ha escrito cosas que os deben parecer inmorales y dañinas.

—Ciertamente, respondió Tolstoi, pero todo talento verdadero tiene dos hombros: el estético y

el ético. Cuando uno se alza, el otro se baja. Es preciso mantenerlos á la misma altura.

*

Gorky se fué y Tolstoi declaró que le agradaba bastante.

—Tiene mucho del verdadero mujik, sencillo, robusto y sano. Ese es el mayor elogio que yo podría hacerle.

En cuanto á la impresión de Gorky, la resumió en esta frase pintoresca:

—Tolstoi? Para mí no es ni la Rusia, ni el extranjero, es la Finlandia. Allí siente uno frío!

Tolstoi y sus hijos

En una de sus visitas á Iasnaia-Poliana, en 1890, el Sr. Strakof, el amigo de Tolstoi y uno de los más fervientes admiradores del gran escritor, le dijo suspirando:

—Te amo demasiado, mi buen maestro, para ocultarte que cada vez que vengo á verte, una profunda tristeza me agobia, al cerciorarme de cuán poco se parecen tus hijos á tí. No hablo de los menorcitos, niños dulces y amables, sino de los mayores, Sergio, Iliá, León y de las niñas.¹ Te confesaré que me agradan poco. Un sentimiento penoso me invade cuando los veo y pienso con tristeza: «No habrá quien siga». Tú eres un árbol aislado.

Tolstoi estrechó con efusión las dos manos de su amigo y lo abrazó largo rato:

—Tú reabres una vieja herida, mi amado Strakof. Amenudo me he dicho: Habiendo sido carpintero, tendría á mis hijos junto á mí, pegados al banco. Habríamos trabajado codeándonos y nuestra amistad hubiera sido más estrecha, en medio de los montones de virutas perfumadas que difunden la

¹ Trece han sido los hijos de Tolstoi; existen ahora 9. de los cuales 5 son varones y 4. mujeres. El último nació en 1891.

vida de los bosques. Habría sabido que mis hijos iban á continuar mi labor. Habiendo sido campesino, juntos habríamos labrado, cosechado, llevado los tempranos frutos al molino, habríamos volteado los mismos arboles. Lo que hubiéramos poseído nos habría pertenecido en común y yo hubiera muerto tranquilo y satisfecho. Pero ay! eso no ha sucedido así. Uno de mis hijos concluye sus estudios en la Universidad y quiere ser funcionario, el otro será soldado y ya el amor del galón lo trastorna. El tercero... á qué seguir hablando de esto? Ni el tercero, ni el cuarto, ni mis hijas seguirán la misma senda. No conocerán la tarea que se emprende alegremente en común y no continuarán la obra á que yo he consagrado todos mis esfuerzos.

Aun cuando no le doy gran importancia á mi tarea de escritor, la amo sin embargo. En ella pongo toda mi alma y escribiendo es como he aprendido á amar á Dios. Habría sido tan feliz de hallar continuadores en estos seres que me son queridos y que de mí han recibido la vida!

Pero reflexionando profundamente, comprendo que todo esto tiene su sentido, La sabiduría divina, admirable en sus designios, se me aparece con una claridad maravillosa.

He aquí lo que pienso:

Dios, ó esta fuerza superior que nosotros nos representamos, nos impone su implacable voluntad dándonos la vida. Del mismo modo que el agua de una cascada cae en su lecho, así esta voluntad debe ser cumplida. Cada uno de nosotros debe vivir para El. Por esto repetimos: «Con todo tu cuerpo, con toda tu alma, con todo tu espíritu, debes pertenecer á Dios.» Cada uno, al entrar en la vida, acepta regocijado la obediencia á esta voluntad. Pero más tarde, cuando el hombre, sujeto á su tarea, ve el infinito y comprueba al mismo tiempo su debilidad personal y lo imposible que para él es la prosecución de su camino, cae de hinojos y suplica á Aquel que lo ha enviado á la tierra: «Ya que esto me es imposible, que otro vaya más lejos». Y engendra un hijo á quien confía el cuidado de proseguir la gran obra. El hijo llega en

el ocaso de su vida. Es el esperado protector. Este es el sentido propio de la procreación.

Luego, sucede que personas agotadas, que comprenden su debilidad, engendran un retoño vigoroso y potente que llega á ser un faro en el camino de Dios.

Por el contrario, si un hombre lleno de fuerza y de energía, se fatiga en el trascurso de la jornada y pide á Dios: «Ya que no puedo, que éste vaya más lejos», él traerá al mundo un niño débil, sin talento, que no sólo será incapaz de continuar su obra, sino que llegará á combatirla. Pues Dios responde: «Este no será!» Y quita al hijo la fuerza del padre. Y lo que al padre parece admirable y hermoso, al hijo parece despreciable é insignificante. Este vive en el fango y su alma no será noble.

Dios dice á quien dota de talento:—No quiero que tu hijo sea tu lugarteniente. Sírrete tú mismo.

Aunque severo, este orden de cosas es justo. Y cuando yo pienso en mi vida, veo que...

Tolstoi se calló un instante, y en voz baja murmuró en el oído de Strakof:—Habría sido mejor para mí que no hubiese tenido hijos.

Arrobado y sorprendido á un mismo tiempo, Strakof repuso:—Es un gran pensamiento ese que acabas de espresar, mi buen maestro. Yo no me habría atrevido á sacar semejantes conclusiones. Lo que has dicho es inmenso... Sí, más habría valido que no hubieses tenido hijos!

*

Doce años más tarde, cuando León, el tercer hijo del conde, comenzó, en los diarios, á discutir ásperamente las ideas de su padre, Tolstoi, entristecido, decía á su amigo:—Lo que inevitablemente debía suceder, ha sucedido. Si bien es cierto que nunca leo ni los ataques, ni los elogios que se me dirigen, he tenido conocimiento de los escritos de mi hijo y no he podido menos que arrugar el ceño. Sólo una cosa me regocija, sin embargo; y es que para realizar su campaña, mi hijo se ve obligado á leer algunas de mis obras y

de reflexionar sobre lo que he escrito. Esto me infunde la esperanza de que algún día también leerá el Evangelio y que allí encontrará las verdaderas respuestas á los asuntos que hoy trata con tanta ligereza. Y sin embargo, estas cosas me hacen sufrir, como el cochero que recibe continuamente en las espaldas los golpes que le lanzan los viajeros.

Con una tristeza más profunda aún, Tolstoi habló de «las aventuras» á que estuvo continuamente espuesto uno de sus hijos menores.

—En este caso la desdicha es tan grande que no hay espaldas que puedan cargar con ella. Yo mismo no puedo consolarlo. Un día ú otro os contaré todo esto. Pero no lo haré sino en vísperas de morir, cuando ya no me quede más que un movimiento que hacer para entrar en la tumba.

Y el maestro, con un gesto espresivo, mostró como entraría él á la tumba.

Tolstoi y el arte popular

Acompañada de su *troupe*, vino Sarah Bernhardt á Moscovia, hacia 1890, á dar algunas representaciones en el Gran Teatro. Precedida de mucho bombo, como no se había visto en Moscovia nunca, produjo una verdadera locura: en dos días se llenó la lista de abonos; la víspera de la llegada de la tragediante, se pagaba el triple de su valor por las entradas que algunos privilegiados habían logrado conseguir.

En los momentos en que la cacería de esas entradas era más ardiente, fuimos á visitar á Tolstoi, entonces en Moscovia. Indignado el conde, contaba á sus visitantes, sentados en torno de una mesa de té, que una familia noble de la ciudad, enlazada con el gobernador general, Príncipe Dolgorouky, había hecho uso de su posición para hacerse ceder un palco principal que había vendido enseguida á un muy alto precio. Y sobrexitado Tolstoi, se puso á hablar del arte dramático.

No era ya su conversación familiar de todos los días, fué una verdadera conferencia acerca de un asunto visiblemente estudiado, una alocución hecha con mucho arte y pronunciada con una vibrante voz. El conde clamó vehementemente contra el teatro contemporáneo mostrándonos, al sostener su tesis con sólidas pruebas, cuán ficticio y distante de la realidad está por punto general, el arte dramático. Cuando hubo hablado, durante algunos instantes, un silencio recorrió la estancia. Tolstoi lo interrumpió dirigiéndose á uno de nosotros:

—Y vos iréis á ver á Sarah Bernhardt?

—Ciertamente, fué la respuesta.

Ella arrebató al conde una sorda exclamación de cólera que acompañó con un ligero golpe sobre la mesa. Un instante después, con el rostro iluminado por una bondadosa sonrisa, en medio del silencio general declaró:

—Pues bien! yo siento mucho no poder concurrir.

*

Años más tarde, el ilustre pianista y compositor ruso, Rubinstein, iba á dar en Moscovia uno de sus últimos conciertos y como cuando Sarah Bernhardt, se arrebataban las entradas. Tolstoi fué uno de los más fervientes admiradores de Rubinstein, á quien colocaba en primer lugar entre los músicos que había escuchado. Mas no podía olvidar el autor de *Qué es el arte?* que el célebre ejecutante no representaba el arte popular «el solo verdadero» y el conde no tomó entrada para el concierto. Le creímos firmemente resuelto á no asistir; fué por lo tanto muy grande nuestra sorpresa, cuando oímos á Tolstoi, en la víspera de la audición, lamentarse de no poder oír al músico y preguntar si había tiempo todavía para procurarse un lugar, cualquiera que fuese.

—Sois un auditor bastante célebre, le respondió un joven músico allí presente, para que

vos tengais siempre un lugar. Si lo deseais, os conseguiré una entrada.

Pareció encantado de la proposición y dió las gracias al joven, el cual se dirigió á Rubinstein, que inmediatamente dió la orden de reservar para Tolstoi un sillón.

Se le envió la entrada y se le reservó el lugar, pero no apareció el conde en el concierto.

Días más tarde, encontramos á la hermana del escritor, la condesa María Nicolaievna, la cual nos comunicó que su hermano había quedado encantado de recibir el billete y que habiéndose vestido por la noche, con la intención de asistir, disponíase á salir ya, cuando le asaltaron sus dudas. Debía, podía presentarse en esa velada, sin renegar de sus ideas? Un violento ataque de nervios resolvió el problema; fué preciso salir á buscar el médico.

Pero Rubinstein mismo se invitó á casa de Tolstoi, delante de quien estuvo tocando toda una velada, para la mayor alegría del maestro y de sus invitados.

Una lectura en casa de Tolstoi

«En 1890, cuenta el célebre trágico ruso Davidof, los estudiantes de Moscovia me pidieron que les prestara mi concurso para un concierto de beneficencia que organizaban. Accedí á su petición. Como no quería interpretar obras mediocres ó muy conocidas, escogí al instante el *Poder de las Tinieblas*, de Tolstoi. En esa época, la pieza despertaba en grado sumo el interés general. Éstaba en manos de todos, pero la censura había prohibido su representación.

Esta idea se apoderó de mí: sería posible leer en una fiesta de estudiantes algunos pasajes del *Poder de las Tinieblas*.

Para realizarla, resolví ir á verme con Tolstoi, que vivía entonces en Moscovia. Mi intento era pedirle permiso para representar en público algunas escenas de sus obras y necesitaba ensayarlas pre-

viamente delante de él, á fin de que pudiera darse cuenta de si yo me había encarnado en los personajes.

Oprimido por una invencible emoción, me dirigí pues á la casa del maestro, á quien adoraba desde mi infancia.

Un ayuda de cámara me recibió en el vestíbulo, y me preguntó mi nombre y el objeto de mi visita. Le dí informes.

El lacayo desapareció. Enseguida, un hijo de Tolstoi, en uniforme de sub-oficial, vino á preguntarme quién era yo y qué se me ofrecía. No había vuelto las espaldas, cuando la condesa entró á su vez y se informó ampliamente de mi propósito. Le comuniqué mi proyecto, que aprobó; finalmente, me condujo ella misma á los aposentos de León Nicolaiévitch.

Hasta donde puedo acordarme, atravesé un salón desierto, luego un estrecho corredor; descendí algunas gradas de una escalera y me encontré en un cuarto bastante pequeño que servía de gabinete de trabajo á Tolstoi. La pieza, muy sencillamente amueblada, daba á un jardín; debajo de las ventanas, la nieve resplandecía al sol de invierno. Vestido con un largo sobretodo oscuro, Tolstoi escribía, de espaldas hacia la puerta. Al ruido de mis pasos se levantó á medias y me saludó cordialmente.

La expresión de su fisonomía me sorprendió. Me pareció que sus ojos brillantes, de aguda mirada, penetraban mis más secretos pensamientos, me veían tal como era yo, *intus et in cute*¹.

Poscído de una turbación inmensa, balbuceé mi nombre. El maestro sonrió y de pronto una claridad interna iluminó su rostro. Cuando los niños sonríen después de haber llorado, tienen á veces este aspecto luminoso.

--Me siento dichoso de verte, dijo Tolstoi apretándome la mano. En qué puedo servirte?

Hice un esfuerzo sobrehumano para vencer la emoción que me volvía tartamudo y le espliqué lo

¹ Interiormente y bajo la piel.



Un visionario moderno: León Tolstoi en su sencillo escritorio de Iasnaia-Poliana

De una pintura de REPINE

mejor que pude, que había venido á solicitar el permiso de leer en un concierto de beneficencia el *Poder de las Tinieblas* y de interpretar algunas escenas en su presencia. Me proponía comenzar por el diálogo entre la pequeña Aniutka y Mitritch y rogué á Tolstoi que me corrigiera cuando lo juzgara necesario.

Accedió amablemente á mi deseo, y antes de sentarse en el diván, colocó una mesita delante de mí.

Me puse á leer ó más bien á tartajear palabras confusas, pero, poco á poco, recobré mi sangre fría y mi voz resonó nítida y clara.

Tolstoi me miraba con los ojos entrecerrados; á veces aprobaba con un «¡hem!» que espresaba su satisfacción.

Cuando llegué á la escena en que Nikita apareció aterrorizada por lo que acababa de realizar, las lágrimas inundaron la cara de Tolstoi. Sollozó dulcemente y su espresión severa me pareció más humana y más tierna.

Esto me conmovió hasta las entrañas, pero al mismo tiempo, me sentía indeciblemente dichoso. Había encontrado ya el tono que convenía, puesto que había logrado emocionar á un hombre semejante!

Cuando hube concluido mi lectura, el conde exclamó: —Bien!... muy bien! Cómo haces para interpretar de un modo tan perfecto el papel de campesino?

Le repuse que me gustaba mucho el pueblo y sus canciones que había aprendido en el campo, de los mujiks mismos.

—He bebido con ellos, maestro; he oído sus canciones en la velada, en torno de la sartén. Por lo mismo conozco su lengua, como conozco sus corazones, sus sufrimientos y sus aspiraciones.

—Muy bien! muy bien! repitió Tolstoi. Representas muy bien el papel de Akime; el de Matrena también; pero es sobre todo el personaje de Aniutka el que desempeñas á la perfección; si la actriz representa este papel la mitad siquiera de lo bien que lo lees, quedaré satisfecho.

Estas palabras me enorgullecieron.

—Pero, continuó Tolstoi, interpretas con menos justicia el personaje de Mitritch. Es preciso no olvidar que Mitritch ha sido soldado; ha vivido en las ciudades, por lo tanto ve la vida de otro modo que los campesinos.

—Querriais tener la bondad, maestro, de mostrarme vos mismo cómo debo entender este papel?

León Nicolaiévitch tomó el folleto que yo había llevado y se puso á leer con una sencillez tal, que yo creí que Mitritch hablaba en persona.

Tomé notas que aún conservo, tan profundo es mi reconocimiento hacia Tolstoi.

Me separé de él tan completamente dichoso, que creía tener alas. Corrí hacia la casa del gobernador general de Moscovia, el príncipe Dolgorouky, para que me permitiera la lectura de dos escenas del *Poder de las Tinieblas*. Al día siguiente se me concedió el permiso.

Por vez primera la obra de Tolstoi fué leída en público. El éxito superó á mis esperanzas».

Los dos viejos

Cierto día del estío de 1897, Tolstoi regresó del paseo con un semblante triste.

—Hoy he tenido un encuentro extraordinario, nos dijo. Acababa de cruzar hacia el bosque, cuando ví venir dos viejecitos, bastón en mano, con levitas nuevas de un paño oscuro que no se usa en este distrito. Caminaban conversando y de tiempo en tiempo, con la punta del cayado, apartaban un guijarro. Nos saludamos al encontrarnos.

—Compañero, me preguntaron, sabeis acaso en dónde vive el cuentista de vuestra aldea? Se llama León; sus cuentos, impresos en las ciudades, se venden por los campos. Su casa debe estar muy cerca de aquí.

Complacido con su sencillez, resolví no darme á conocer inmediatamente.

—Sí, en efecto, repuse. Solo que no lo hallareis en su casa, porque ha salido á pasear. Veis ese

bosque? En él está situada su casa. Y vosotros, venís de muy lejos?

—Somos de Odoief, cerca de Krasnitsky, me dijo el que estaba á la par mía. Segado el trigo— á Dios gracias la cosecha de este año ha sido mejor que la del pasado—hemos ido á buscar en el molino las primicias de la harina. Con ellas hicieron las esposas un pastel y nos pusimos en marcha. Deseamos ver á León. Nosotros también somos bardos; sólo que nos limitamos á contar en alta voz nuestros cuentos á nuestros pequeñuelos. Á veces los adultos también nos escuchan. Sacamos nuestros cuentos del pasado; evocamos los héroes nacionales, cantamos á nuestros defensores... raza de hombres ya desaparecida. Solos en el mundo, erramos ahora sin objeto sobre la tierra. Pero en otro tiempo...

Y de pronto, se puso á cantar:

Nuestro gigante Ili-a-de-Mu-ro-ma...
Se ha i-do á la ca-pi-tal de Kiew
Á casa del príncipe Vla-di-mi-ro...

Esta canción popular concordaba tan bien con las frases cadenciosas que acababa de pronunciar, que me sentí poseído de una sorpresa jovial. Su voz envejecida, temblorosa hasta enternecer, conservaba acentos vigorosos y frescos. Nunca había oído ese antiguo estribillo.

Emocionado y encantado, dije:—Venid, os acompañaré hasta su casa...

Me sentía dichoso ofreciéndoles hospitalidad, alojándolos en mi casa, colmándolos de atenciones...

—Á casa del cuentista?

—Sí, dije. Con él mismo estais hablando.

—Deveras! exclamaron sorprendidos. Esto es muy posible. Tú tienes las facciones alargadas. Debes sufrir bastante. Permite que te bese la frente, León!

El cantor que así me hablaba, tomándome por el cuello, posó su labios sobre mi frente. El otro anciano hizo lo mismo.

—Tu historia de los *Dos Viejos* es conmovedora. Hace poco la hemos leído... Qué bella es! En el

camino, viniendo hacia acá, nos hemos comparado con los dos personajes, empeñados por saber á cuál de ellos se parecía más cada uno de nosotros. Yo dije á Semión: «Te pareces mucho á Ffimo, porque eres muy meticulado, te preocupas de la menor cosa». «Tienes razón!» me contestó riendo.

—Semión se sonreía.

—Sí, dijo, debo confesarlo, soy meticulado. Pero algo tenemos que pedirte, añadió cogiéndome amigablemente de la mano. Tienes acaso viejos libros llenos de leyendas?

—Sí, los tengo; de ellos saco mis cuentos, arreglándolos á mi modo, por supuesto. Así fué como hice los *Dos Viejos*.

—Qué bello cuento, repitió.

Habíamos llegado al parque y cruzábamos por una avenida:

—Mira qué bonito estanque!... Y esto qué es, camarada? Y esta casa! Mira, pues! És tuyo todo esto?

En ese momento pasó una tartana tirada por dos caballos: conducía á nuestros huéspedes que regresaban del baño.

—Es tu carruaje? Qué espléndido es todo esto!

La campana llamó entonces á comer.

Los dos viejos se detuvieron.

—No, dijo el cantor. No pasaremos adelante. Esto nos basta! Ya te vimos y nos volvemos á nuestras casas.

—Por qué? pregunté sorprendido.

—Porque te hallas en el error, lo vemos. No vives en la sencillez y por consiguiente, no puedes decirlo todo.

—Sí, sí! confirmó Semión. Esa es la verdad. Tu vida me recuerda la historia de la Justicia y de la Injusticia. Escúchala, me dijo en un tono sentencioso. Cierta día de un frío glacial, la Justicia y la Injusticia se encontraron en la ciudad. La Justicia se había encarnado en un campesino pequeño y desgraciado, con los botines rotos, la capa miserable y remendada; y la Injusticia, en un grueso comerciante, abrigado con hermosas pieles. Dijo la Injusticia: «Entremos á la cantina y charlare-

mos un rato». Ambos penetraron en el restorán; el sirviente, con una servilleta bajo el brazo, hizo una reverencia ante la Injusticia; después colocó sobre la mesa muchos platos y botellas. La Justicia y la Injusticia tomaron té, comieron, bebieron. Más tarde, como la Injusticia intentara irse sin pagar, el criado la alcanzó en la puerta y reclamó:—La cuenta, señor.

—Ah! sí! dijo la Injusticia, volviéndose hacia él. Está bueno que me lo hayas recordado. Te dí un billete de veinticinco rublos: en donde está lo vuelto?

El sirviente perdió el juicio.

—Qué dice usted, señor? Usted no me ha dado nada, ni siquiera se dignó darme un copek!...

La Injusticia gritó y alborotó, dando puñetazos en la puerta de vidrio. Acudieron los demás clientes, el patrón inclusive, quien reprendió al mozo. Éste, con lágrimas en los ojos, preguntó:—A todo esto, qué se hizo la Justicia?

La Justicia respondió con voz entristecida:—Aquí está, pero... como he tomado té con él, tengo que callarme. Lo mismo pasa contigo, León, por lo que veo, concluyó Semión.

Los dos viejos volvieron las espaldas y se alejaron.

*

—Creedlo, añadió Tolstoi, estas palabras han penetrado como espinas en mi corazón. Y ahora mismo, cuando oigo el bullicio en el comedor, cuando veo esos lacayos que corren á la cocina y á la despensa, preparándonos la comida, me siento horriblemente desgraciado y atormentado... En efecto, yo también, yo tomo el té con los amos. Tiene razón ese viejo, tiene razón... Yo no puedo decirlo todo... Pero con toda mi alma, me esfuerzo por librarme de este yugo y lo conseguiré, yo lo espero...¹

¹ Realizó este propósito 13 años más tarde, algunos días antes de su muerte.

La escolta imprevista

De 1885 á 1890, Tolstoi pasó el invierno en Moscovia, en el barrio de Diévitché-Polié.

Le gustaba andar errante por la ciudad, estudiando la vida exterior de la capital.

Observador nato, no puede vivir sin observar. Por otra parte, Tolstoi, como todas las personas sanguíneas y robustas, necesita el ejercicio. Y vagaba por Moscovia, sin darse cuenta de que amenudo llamaba la atención de los transeúntes.

«Fue en esa época, nos dice uno de nuestros amigos, M. L... abogado de Moscovia, cuando tuve el honor de verlo por vez primera y eso del modo más inesperado. Queriendo enterarme de como se divertían los obreros moscovitas, el último día de carnaval me fuí á una fiesta popular que se celebraba en Diévitché-Polié. Me fastidié mucho durante una hora y ya me iba á volver á casa, cuando distinguí á Tolstoi. Os lo repito: era la primera vez que lo veía, pero no vacilé un instante. Su retrato estaba grabado en mi memoria: lo reconocí entre la muchedumbre tan fácilmente como á un amigo de veinte años. Llevaba un gran sombrero de fieltro y vestía una blusa nueva, lo que le daba la apariencia de un buen mujik endomingado, que venía á la ciudad para divertirse con poco gasto. Su hermosa barba de patriarca se extendía soberbiamente sobre su pecho como la primera nieve del otoño sobre el flanco de una montaña. Ignorado de la muchedumbre en que se confundía, Tolstoi caminaba con un andar lento, mirando con ojo entretenido los bulliciosos regocijos populares. Enseguida me sentí atraído hacia él como por un imán. Me abría paso con los codos para alcanzarlo y cuando estuve á dos metros de distancia, sentí el impulso loco de pronunciar su nombre en alta voz y darme á conocer. Pero

me contuve, temeroso de asustarlo y me limité á seguirlo paso á paso.

En pos de él, me iba deteniendo en todas las barracas forasteras. Me pareció que se complacía con los anuncios ridículos de los payasos, con las llamadas de los exhibidores de fenóme-



El conde León Tolstói y su hija Alejandra en Moscovia

nos, con la pesada música brutal de los organillos y orquestas.

Así trascurrió una media hora. Tolstói dejó la fiesta sin haberse dado cuenta de mí y se internó por una callecilla que conducía á su casa. En el camino, me topé á varios amigos que lo habían reconocido al pasar y que se unieron á mí. Como veinte fuimos á acompañarlo hasta su puerta. El buen «abuelo» comprendió que á pocos pasos de él formábamos una verdadera escolta de honor. Llegó á su casa á tranco lento, traspasó el umbral sin vol-

verse y cerró tras sí la maciza puerta de entrada. Por nuestra parte, regresamos á nuestras casas, contentos como colegiales en vacaciones. Y por la tarde, después de la comida, nos reunimos cinco ó seis á conversar de él, de su radiosa gloria, de sus libros, cuyas páginas más emocionantes, releímos en voz alta hasta la media noche».

El busto de Tolstoi

«A las ocho de la mañana de un día del estío de 1902, llegué á Iasnaia-Poliana, nos cuenta el muy conocido escultor ruso, Aronson. Tolstoi me recibió enseguida. A esa hora tomaba su café en el corredor y como de costumbre, después de un corto paseo, se encerraba en su estudio á trabajar hasta las tres de la tarde.

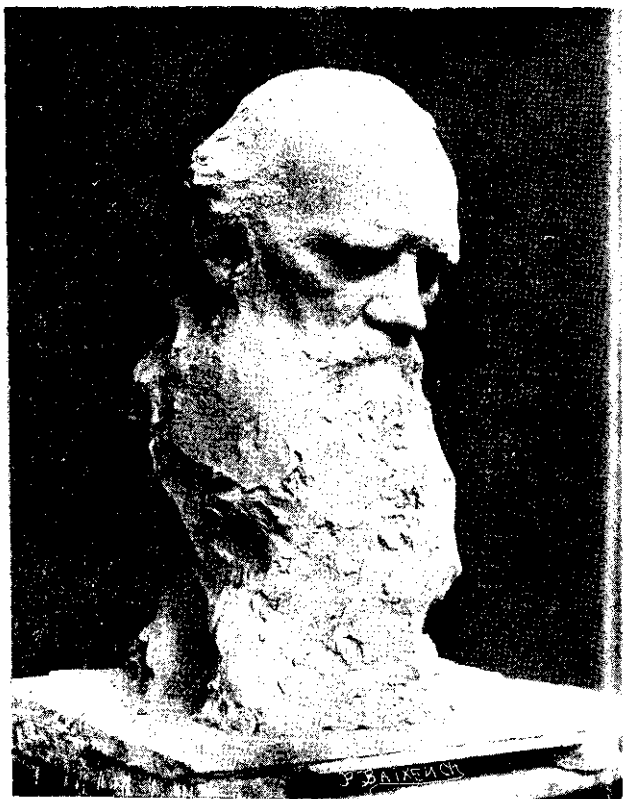
Después de saludarnos, el maestro me preguntó cuál era el objeto de mi visita. Le manifesté que intentaba hacer un busto suyo y le rogué que tuviera la bondad de concederme algunas sesiones.

—Pedidme cualquier otra cosa, excepto eso! se apresuró á decirme. Yo no serviré más de modelo á nadie.

Desairado, iba á despedirme ya, cuando Tolstoi, colocando familiarmente su mano en mi hombro y mirándome con una bondadosa sonrisa, añadió:— Quereis acompañarme en mi paseo? Conversaremos.

De camino, Tolstoi se informó de mis trabajos y de mi vida artística. Me sorprendí cuando supe que conocía algunas de mis obras por las reproducciones que de ellas habían hecho ciertas revistas. Y á un tiempo, admiraba la memoria de este hombre y su prodigiosa actividad intelectual, que se derramaba igualmente sobre todas las formas del arte contemporáneo. Al terminar el paseo me habló con su ruda franqueza:

—Os lo he dicho: no serviré más de modelo á nadie. Pero os propongo que permanezcais aquí algunos días y vengais todas las mañanas, como á las nueve, á mi despacho. Cada uno trabajará en



Según el busto de ARONSON

LEÓN TOLSTOI

EL FILÓSOFO VEHEMENTE DE LA LIBERTAD Y FRATERNIDAD HUMANAS

lo suyo. Sin temor á interrumpirme, podeis moveros y dar vueltas á vuestro antojo; el ruido no me molesta.

Agradecido, acepté lo que me proponía. Me alojaron en las dos piezas de la biblioteca, situadas en el primer piso, debajo del estudio del conde. El mismo maestro dirigió mi instalación. Separaba los cuartos un tabique, por encima del cual, Tolstoi me enseñó una viga, diciéndome en un alegre tono de voz, que en otra época había intentado colgarse de allí.¹

Al otro día comencé mi tarea. En tanto que Tolstoi hojeaba, con un interés evidente, viejos tomos desiguales, para sacar de ellos el material de sus cuentos, yo me puse entusiasmado á modelar la arcilla, estudiando con toda comodidad mi modelo. Habiendo terminado mi bosquejo al cabo de algunos días, tuve la dicha de oír á Tolstoi decirme:—Vuestra obra me agrada bastante. Habéis reproducido perfectamente mis rasgos. Yo también tendré una escepción para tí, sirviéndote de modelo una media hora.

Lo hizo mejor, me concedió varias sesiones. De este modo pude concluir mi obra, que se encuentra hoy en el museo de Dublín, en Irlanda.

El lacayo

Uno de los privilegios del genio consiste en ejercer en torno suyo una influencia de la que nadie se escapa. Irradia la misma luz en el alma del pueblo que en la de los escogidos. Tolstoi, retirado en Iasnaia-Poliana, es el objeto de un culto apasionado, cuyos fieles se reclutan en todas las clases de la sociedad; y la veneración de que está rodeado adquiere á veces —en los humildes sobre todo— una forma á la vez tierna y candorosa.

—Vamos en busca del «abuelo», exclaman en

¹ En la época de su crisis moral, tan admirablemente contada en las páginas de *Confesión*.

coro los campesinos de Iasnaia-Poliana, cuando una diferencia los divide.

Y el «abuelo», á quien se consulta y se toma por árbitro, zanja la cuestión á gusto de todos.

Pero en donde se manifiesta este sincero afecto con más devoción, es en el personal que pertenece al dominio ó al servicio particular de la familia Tolstoi. A propósito de esto, el escultor Aronson, de quien hablamos en el capítulo precedente, nos contó el episodio que sigue:

«Al despertarme una mañana, me sorprendió el semblante contrito del viejo lacayo Ivan Ivanovitch, á quien acababa de llamar.

—Qué te pasa, amigo mío? le dije compadecido. Me parece que tienes una gran pena que no te atreves á confesar. Habla. Acaso te han regañado con un poco de severidad por alguna negligencia?

—Ay de mí! no, señor. Yo no tengo aquí de quien quejarme, ni aun de la condesa, que aunque es autoritaria, no deja de ser una buena persona. De mí mismo es de quien estoy discontento.

El lacayo me dirigió una mirada entristecida, suspiró largamente y después de un corto instante de incertidumbre, prosiguió:

—He aquí por qué. Ayer, después del medio día, en tanto que León Nicolaiévitch conversaba en su cuarto de estudio con dos señores de Moscovia, entré en la pieza sin hacer ruido, para sacar un cepillo que había dejado allí. Como no lo hallé, tuve que buscarlo un rato y atravesar el cuarto de un extremo á otro. Pero el conde, que me seguía con los ojos, participando en la conversación general, la interrumpió de pronto y me dijo volviéndose hacia mí: «Ivan, tú nos perturbas!»

Abandoné el cuarto en seguida, dispuesto á llorar. Ah! señor, aun cuando estas palabras me fueron dichas con dulzura, me han apenado bastante. Entrando allí, acaso tuve el intento de molestar á León Nicolaiévitch? El es tan bueno con nosotros y escribe historias tan bellas!

Y el honrado mujik que, como sus abuelos, había debido vivir, sin embargo, en el terror del knout y de los látigos, muy triste de haber sido él objeto

de una dulce y paternal observación, no se atrevió, durante tres días, á levantar los ojos hacia su amo, cuando las obligaciones del servicio lo acercaban á él».

Un pensamiento de Marco Aurelio

—He encontrado hoy en los *Pensamientos* de Marco Aurelio un pasaje sorprendente. Quieren que se los lea? nos dijo un día Tolstoi.

Corrió ligerito á buscar un pequeño volumen en su cuarto de estudio y nos leyó las páginas en que Marco Aurelio habla del admirable don que posee el hombre de amar, incluso á sus enemigos.

—Piensen Uds. que quien esto escribió es un emperador romano, un pagano, exclamó Tolstoi entusiasmado. No es esto muy sorprendente? Recuerden que en su tiempo millares de cristianos confesaban la fraternidad universal y el perdón de las injurias. Pero Marco Aurelio lo ignoraba. Por el contrario, creía que los cristianos eran enemigos peligrosos y permitía que se les persiguiera sin misericordia.

Por otra parte, Marco Aurelio me interesa bastante desde hace algún tiempo. He leído su biografía en un diccionario enciclopédico, pero no he hallado lo que buscaba. Habría querido conocer su vida interna y allí no se habla más que de sus acciones.

Después de un instante de silencio, Tolstoi añadió:—Yo veo en Marco Aurelio la imagen de mí mismo, de todos nosotros, si quieren. Conocemos su vida, leemos sus *Pensamientos* y no podemos menos de sorprendernos ante el abismo que separa su vida de su conciencia. Muchos lo consideran como un hipócrita, pero yo no soy de esta opinión... Nosotros tampoco, nosotros no distinguimos el precipicio abierto entre nuestra vida y nuestra conciencia. Centenares, miles de años pasarán y las gentes de entonces se sorprenderán á su vez... No comprenderán por qué nuestros actos contradicen nuestros pensamientos y por qué no corresponden éstos con aquéllos.

El amor al prójimo

Estábamos reunidos, una tarde de otoño de 1902, en el gran salón de la casa de Iasnaia-Polianna. En el cuarto contiguo, la condesa y una de sus amigas tocaban al piano una sinfonía de Beethoven. Tolstoi, con una voz lenta, hablaba de los problemas de la vida, del amor al prójimo.

—No es difícil amar á quienes se hallan distantes de nosotros: la humanidad, el pueblo! Lo importante es saber amar á nuestro prójimo, como quien dice, á los seres que nos rodean, con los que nos topamos diariamante, que nos irritan y nos hacen sufrir. Es á éstos á quienes importa, sobre todo, querer y perdonar. Esto no lo logra todo aquel que quiere. Tan pronto como uno se olvida de ello un solo minuto, se aparta del buen camino.

Uno de éstos últimos días, atravesaba el parque, abismado en mis reflexiones, cuando una mujer que me había seguido, me pidió no recuerdo qué. En ese momento llenaba mi espíritu una idea preciosa y temía que se me escapara.

—Vamos! qué quieres? Dímelo, qué quieres? Repetí en tono áspero á la turbada mendiga. Por qué me... importunas?

Por dicha me contuve á tiempo y me serví de una palabra cortés, pero sucede á veces que no se recobre uno del todo, ó si se recobra es ya demasiado tarde. Así, recientemente, iba á caballo por la carretera, perdido, como de costumbre, en mis sueños... Oprimido por un vago malestar, sentía confusamente que algo me inquietaba. Qué era eso? Me detuve y reflexioné. Y de pronto me acordé que algunos minutos antes había pasado junto á un pobre inválido, sin darle mi limosna habitual, contentándome con saludarlo distraídamente. Dí media vuelta y partí al galope. Pero no pude alcanzar al inválido. Seguí mi camino, afligido de haber descuidado una obra muchísimo más importante que mis escritos. En efecto, mis obras no son más que bagatelas, y se trataba de socorrer á un desgraciado!

Vigilémonos severamente cuando tengamos algo que ver con los demás; la más mínima debilidad nos arrastra al pecado. Hagamos el bien, pero en vez de esperar una afectuosa gratitud de quienes favorecemos, alistémonos para esperar de ellos la calumnia, las persecuciones, el desprecio.

Siempre ha sido y debe ser así. Sería demasiado bello hacer el bien y que nos recompensaran por eso! Al contrario, arreglémonos de modo que nuestros beneficios no encuentren aprobación alguna. Imitemos al rico, que aburrido de ser un imbécil fanático, enemigo de los pobres, los apedreaba con escudos. Los pobres recogían las monedas que les arrojaban, burlándose de la estupidez de su extraño benefactor.

Y Tolstoi se puso á reír alegremente.

En torno de la parva

Después de un medio día de setiembre de 1901, Tolstoi, armado de una horquilla, estaba entre sus discípulos que le traían de una pradera no distante del jardín, brazados de avena olorosa, mezclada con flores y trébol; Tolstoi los recibía, y moviendo ágilmente el busto, los echaba en el montón.

A veces, cuando había amontonado el último brazado sin que le trajeran otro, erguía su alto cuerpo y decía en tono triunfal:

—Voy más ligero que vosotros! Qué haceis, pues?

Concluida la parva, Tolstoi le emparejó los lados con un rastrillo. El sol se ponía y los discípulos, hombres y mujeres, se apresuraban á formar el último montón.

—Animo!, les gritó Tolstoi. Según los viejos, no se debe trabajar después de anochecido.

Terminada la tarea en absoluto, el conde lanzó un suspiro de alivio. Sus compañeros le rodearon, y después de sacudirse las ramillas de avena pegadas á las ropas, se sentaron en torno de la parva.

Uno de ellos le preguntó de pronto:—Maestro, no crees que el mal es necesario y que si no existiese tampoco existiría el hombre?

—El pensamiento es bello!, le contestó Tolstoi animado, pero es erróneo. El hombre ha nacido del bien y no del mal. Hojeaba yo días atrás una colección de leyendas antiguas y leí algunas con entusiasmo. He aquí una que, á mi juicio, resuelve la cuestión que ahora nos ocupa:

«Habiendo descansado Dios de sus múltiples trabajos, pensó en crear un nuevo sér, engendrado por la unión maravillosa del cielo y de la tierra.

—No lo crees, dijo severamente el ángel de la Verdad, porque mancillará tu santuario por gusto, exaltará el Error, y la Tentación reinará sobre la tierra.

—No lo crees, suplicó el ángel de la Justicia, porque será cruel, no amará más que á sí mismo y tiranizará á los demás. Será sordo á los gritos de dolor de su prójimo y los gemidos de las víctimas no llegarán hasta su corazón.

—Anegará la tierra en sangre, añadió el ángel de la Paz y el asesinato será su obra cotidiana. El horror de la ruina aniquilará á los pueblos y el miedo á la muerte violenta se infiltrará en las almas.

Y la frente del Todopoderoso se anubló: la unión maravillosa del cielo y de la tierra le pareció cosa vil y despreciable. Y en su voluntad eterna maduraba ya la resolución de no crear aquel sér, cuando la Misericordia, su hija menor y predilecta, compareció ante su trono. Abrazóse á las rodillas del Padre y suplicó: —Créalo! Si todos tus servidores te abandonan, yo iré en su auxilio y yo transformaré en cualidades sus defectos y sus vicios. Yo le protegeré para que no se aparte del camino de la Verdad. Yo inclinaré su alma á la compasión. Yo le enseñaré á ser misericordioso con el débil.

Y la frente del Todopoderoso se iluminó, y brilló en su rostro la clemencia. La unión maravillosa del cielo y de la tierra se realizó y engendró á un ser hecho á Su imagen y semejanza.

—Vive! dijo el Todopoderoso, animándole con su soplo, y sabe que eres hijo de la Misericordia».

.
—Así fué criado el hombre. Y tú, pretendes que nació del mal!

Y Tolstoi miró á su interlocutor con expresión de reproche.

—Entonces, de dónde proceden esas pasiones que atormentan y envilecen nuestra alma? Si no somos más que bondad, misericordia y santidad, de dónde viene pues el pecado? preguntó una mujer.

Tolstoi se separó de la parva, y con la horquilla al hombro, caminó resueltamente algunos pasos.

—Venid! Venid! Andando os diré por qué.

Todos obedecieron.

—He aquí la historia, principió.

«Había una vez un hombre que tenía un jardín, en el cual se daban frutas maravillosas. Hizo que custodiaran la puerta dos servidores suyos, de los cuales uno era cojo y el otro ciego. «Estoy seguro, pensó, de que no dejarán entrar á nadie y de que tampoco se comerán las frutas». Y regresó tranquilo á su casa.

Pero cuando llegó la noche, la luna y las estrellas que en el cielo resplandecían, hicieron que la hermosura de las frutas de el jardín adquiriera mayores encantos. Y el cojo le dijo al ciego:—Qué hermosas son las frutas de nuestro amo!

—Cógelas y las probaremos, balbuceó el ciego.

—No puedo! suspiró el cojo; pero si quieres que me suba encima de ti, podré llegar al ár-

bol; cogeré algunas frutas, comeré de ellas y te daré tu parte.

Aceptó el ciego la propuesta y ambos realizaron su deseo.

Por la mañana llegó el amo. Los guardianes estaban en su puesto, pero faltaba gran cantidad de frutas.

—Confesad! gruñó el amo. Habéis dejado que entre un ladrón.

—Amo! te juramos que no hemos dejado entrar á nadie! respondieron ambos criados.

—Entonces los culpables sois vosotros... confesadlo!

—El amo sabe que soy cojo y que no puedo dar dos pasos por el camino más llano.

—El amo sabe que soy ciego y que no sé andar solo...

Pero el amo entonces encaramó al cojo sobre el ciego y los llevó al árbol. Enseguida les dijo:—Así es como habeis hecho.

—Lo mismo ocurre con el hombre, repuso Tolstoi. El cuerpo inanimado yace, puro y dócil, radiante de paz y de tranquilidad.--Cómo podría yo pecar, se dice, si soy ciego y no puedo ver las tentaciones, si ignoro los caminos que á ellas conducen?—Y yo, pregunta el alma, cómo podría sucumbir, si desde el punto y hora en que te abandoné vivo inmaculada por los aires, al igual de las aves: si yo era ya inmaculada antes de estar cautiva en un cuerpo? Y dice el Todopoderoso:—Lo que habeis hecho es esto. Coge al cuerpo, lo une al alma y los pone al pie del árbol de la vida, cuyos frutos suspenden y cautivan. Y la vida del hombre empieza y en esta unión del cuerpo y del alma aparece el misterio, el horror y á la par la felicidad suprema de existir...

*

La púrpura crepuscular se estinguía; nubes de un azul violáceo se amontonaban en cúpu-

las ó se alargaban hacia el oriente en largas franjas gigantescas.—Mirad qué amenazadora pantomima se representa en el cielo, dijo Tolstoi. Todo está lleno de esperanza en la aurora. Cuán bello es eso!... Para concluir os contaré una leyenda final, a propósito de este asunto. Me ha dado por contar cuentos esta tarde.

«La hija de un rey estaba prometida á un joven señor muy rico, que se ingeniaba el modo de proporcionar á su novia todos los placeres imaginables. Construía para ella palacios de mármol con talladuras doradas, en honor suyo ofrecía magníficas comidas y la colmaba de obsequios dignos de una reina... Pero la prometida continuaba fría y desdeñosa, despreciando obsequios y festines. Por qué? Porque era hija de rey».

—Lo mismo acontece con el alma, concluyó Tolstoi. La tierra le ofrenda sus tesoros, mil regocijos carnales. Pero el alma permanece fría!, no aspira ella á semejantes dichas. Por qué? Porque es hija de Dios.

Tolstoi íntimo

Según sea el estado de su salud, Tolstoi se manifiesta, con sus familiares, ora amable y jovial, ora grave y melancólico; pero jamás deja de tratar á los que están en torno suyo con un afecto paciente.

Cerca de él, uno posee claramente la sensación de dos mundos distintos: por un lado, una familia rica, un poco orgullosa de su antigua nobleza, por otro, un cristiano de corazón puro y sincero. Pero el puente de oro del amor une las dos esferas que un abismo distancia. Una sola vez, enrolado en una discusión sobre Henry George, Tolstoi se olvidó hasta decir á uno de sus interlocutores:—Cuanto más habla el hombre tanto más ignorante es, y viceversa.

Pero enseguida se detuvo. Y cuando la conver-

sación pasó á otro tema, él confesó con una bondadosa sonrisa:—Ya lo veis, me he dejado arrastrar. Me acuerdo de Pascal, que siempre llevaba consigo un cinturón guarnecido de clavos. Apenas sentía que se desviaba, comprimía con el codo su costado; las puntas lo herían; el dolor lo desembriagaba al instante y le recordaba su deber...

En toda la tarde, Tolstoi manifestó una dulzura y una amabilidad particulares...

En la estación de Tula

Un día, Tolstoi se hallaba en la estación de Tula.

Llegó un espreso. Un señor descendió apresuradamente de un carro de primera y corrió hacia el comedor. Segundos después, una mujer joven apareció en la plataforma y se puso á gritar: «Jorge, Jorge!...» Pero Jorge había desaparecido.

—Eh, abuelo, corre ligero, ve á decir á ese señor que se devuelva, te daré una propina! dijo la inquieta dama á Tolstoi, vestido como un campesino.

El escritor obedeció, trajo consigo al caballero y recibió cinco copeks.

En ese momento, un rumor corrió:—Mirad: Tolstoi!

—En dónde? en donde? preguntó la dama.

Se lo enseñaron. Descendió con presteza las gradas del carro, y corrió hacia el escritor.

—Por Dios, conde, perdonadme!... Estoy avergonzada...

Y la dama le suplicó que le devolviera los cinco copeks.

—No, no, quiero guardarlos, dijo alegremente Tolstoi. Me los he ganado.

Ya se iba el tren. Toda confundida, la dama desapareció en el carro.

La leyenda del rico

Hace algunas semanas, Tolstoi volvía del entierro de un campesino de Iasnaia-Poliana, y así habló á los amigos que lo acompañaban:

—Sí, de las ceremonias relacionadas con el culto, el entierro es la única que en todo corresponde con el acontecimiento. Rodeada como está de misterio, recuerda el cielo, eleva el espíritu á las cosas supremas y hace al hombre más humano, más caritativo. Es por esto por lo que los pobres de la ciudad asisten al entierro. Para ellos es una especie de fiesta y se cuentan leyendas. No recuerdo en qué parte del Mediodía, oí contar en un entierro una leyenda bastante original. Escuchadla:

Un ricachon se moría. Durante toda su vida había sido avaro y duro de corazón. Cuando le echaban en cara su avaricia, contestaba:—El dinero lo es todo!

Y ahora, que se acercaba la muerte, decía:—Allá arriba el dinero será, no cabe duda, tan necesario como aquí abajo. Preciso es que haga acopio de él para que no me falte.

Llamó á sus hijos y se despidió de ellos, recomendándoles que le pusieran en su ataúd un saco de dinero.—No seais tacaños, añadió; poned también monedas de oro.

Aquella noche se murió. Cumplieron sus hijos sus últimas voluntades y colocaron en el ataúd unos cuantos miles de rublos en oro.

Cuando después de enterrado llegó al otro mundo, tuvo que someterse á toda especie de formalidades. Lo interrogaron, comprobaron la esactitud de sus palabras, en fin, no lo dejaron en paz en todo el día.

Allá arriba, como en todas partes, hay juzgados, agencias de policía y alcaldías.

Esperó con impaciencia que llegara la noche: tenía hambre y le atormentaba la sed hasta el punto de parecerle que le ardía la garganta y que la lengua se le pegaba al paladar.

—Estoy perdido! se dijo.

De pronto, vió una cantina bien provista de viandas y de botellas como las de las grandes estaciones. Allí había de todo: antepastos y licores. Algo hervía sobre una hornilla.—Por lo visto, pensó, no me equivoqué al creer que aquí sucedía lo mismo que en la tierra. Qué sensata precaución he tenido trayendo dinero! Ahora podré comer y beber lo que me plazca.

Muy satisfecho, alzó en peso su saco de oro y se acercó á la cantina.

—A cómo son?, preguntó tímidamente, señalando las sardinas.

—A copek!, le contestó el cantinero.

—No es caro, se dijo el rico. Quizás se haya equivocado. Le preguntaré el precio de otra cosa. —Y esto?, dijo, señalando unos pastelillos calientes y apetitosos.

—A copek también!, le contestó sonriendo el cantinero. El asombro del rico lo divertía.

—Pues bien!, dame diez sardinas y cinco pastelillos, si me haces el favor... y quizá también...

Y paseó la mirada con avidez por los tentadores platos, apresurándose á escojer.

El cantinero le oía, pero no le servía.

—Aquí se paga adelantado!, dijo secamente.

—Con mucho gusto. Ahí va el dinero, y le dió una moneda de oro de cinco rublos.

El cantinero miró y remiró la moneda entre sus dedos.

—Los copeks que yo necesito no son de estos, le dijo devolviéndosela, y llamando á dos robustos mocetones, dispuso que echasen de la cantina al rico.

Este se sintió muy triste y humillado.

—Qué desgracia! pensó. Qué quiere decir esto? No admiten más que copeks! Habráse visto cosa más rara! Va á ser preciso cambiar...

Olvidándose de que estaba muerto, corrió á casa de sus hijos y les habló en sueños:—Quedaos con el oro que me habeis dado. No lo necesito. Sustituidlo con copeks, si no, estoy perdido...

Al día siguiente, los hijos, llenos de miedo, cumplieron la orden de su padre.

—Ya estoy provisto de copeks!, exclamó el rico con voz de triunfo, encaminándose hacia la cantina. Denme de comer porque tengo un hambre atroz!...

—Aquí se paga adelantado, le contestó secamente el cantinero.

—Ahí tienes!, exclamó el rico, ofreciéndole un puñado de copeks nuevos y bien sonantes. Pero hazme el favor de servirme!

El cantinero miró las piezas y se echó á reir.

—Veo, dijo, que no has aprendido gran cosa allá en la tierra. No admitimos los kopeks que te pertenecen, sino aquellos otros que fueron dados al prójimo. Nunca has dado limosna á un pobre, socorrido á un miserable?

El rico bajó los ojos, y se puso á pensar: nunca había socorrido á nadie.

Entonces los dos gañanes de la víspera lo echaron de la cantina.

Recuerdos de un Juez militar

«Llegué á la casa de Tolstoi, un sereno y luminoso día de setiembre de 1903, cuenta el señor Lazarevski, miembro de la Corte marcial marítima. El lacayo que me recibió me introdujo en el gran comedor de la vieja casa señorial de Iasnaia-Poliana y me rogó que esperara. De pronto, se abrieron las dos hojas de la puerta para dar paso al sillón en que Tolstoi paseaba.

Al día siguiente de los festejos de sus 75 años cumplidos, el 29 de agosto, mientras hacía su paseo, tuvo que bajarse del caballo para atravesar una zanja. Al montarse de nuevo, el caballo impaciente le había maltratado el pie derecho. No era muy grave el accidente: sin embargo, Tolstoi no podía ni caminar, ni tenerse en pie, lo que no dejaba de mortificarle.

El sillón fué rodado cerca de la mesa, frente á mí. Dos ojos brillantes de juventud me miraban fijos, mientras que yo contemplaba la

venerable cabeza encuadrada en una barba blanca. Me levanté enseguida y acercándome al maestro, le di mi nombre. Me tendió su mano tibia y seca; una benévola sonrisa sustituyó á la espresión curiosa de su semblante. Me dirigió algunas palabras lisonjeras.

Un criado le sirvió el desayuno. Cuando concluyó de comer, me hizo muchas preguntas sobre la salud de Tchekof á quien yo había visto poco antes. La vivacidad y el vigor de la conversación de Tolstoi me sorprendieron tanto como su memoria y sus profundas miradas.

—Nos veremos hoy, me dijo, pidiéndome permiso; tengo que hablaros más, porque, pertenecéis á esa terrible institución que se llama la Corte marcial marítima. No es cierto?

Respondí afirmativamente con un signo de cabeza.

Tolstoi fué conducido á su despacho y yo salí al parque, encantado de hallarme en Iasnaia-Poliana, después del jubileo, cuando nadie fatigaba la atención del maestro.

El cuarto que me dieron había sido en otro tiempo el despacho de Tolstoi. Contenía una parte de la biblioteca de la casa y en los estantes se hallaban numerosos libros viejos, de teología casi todos: Biblias, Evangelios, la vida de los Padres de la Iglesia, las Epístolas de los Apóstoles, Misales, vidas de Santos.

Tomé una de las cuartillas de papel blanco esparcidas sobre el escritorio, y comencé á anotar mis impresiones.

En el primer piso resonó la campana llamando al almuerzo. De nuevo pasé al comedor, en donde nos esperaba la esposa del maestro, la condesa Sofía Andréevna.¹ Cuando me acerqué á ella, Tolstoi pronunció en alta voz mi nombre y apellidos.

La cocina era vegetariana; sinembargo, un

¹ Sofía Andréevna Berce, de Moscovia. Tolstoi se casó el 23 de setiembre de 1862. Ella tenía entonces 18 años y su esposo, 34.

plato de ternero estaba servido aparte para los niños y para los que quisieran carne.

Nos sentamos á la mesa.

—He recibido hoy muchas cartas, me dijo Tolstoi, pero solamente dos interesan, aun cuando estén plagadas de faltas. Me han enviado, además, un paquete de folletos escritos en viejo eslavo eclesiástico. La dirección, impresa en máquina de escribir, comenzaba con estas palabras: «A la oveja descarriada...» Cuántas fatigas inútiles! añadió Tolstoi sonriendo.

La comida duró mucho tiempo. Cuando por fin me quedé solo con el conde, me preguntó sobre el funcionamiento de la Corte marítima y las sentencias que dictaba. Sobre todo le interesó el caso de un marinero, que habiéndose afiliado á una secta disidente, se le había acusado de convertir los camaradas á su doctrina. Cuando le conté que había sido absuelto y entregado á la reserva, Tolstoi exclamó:—Alabado sea Dios!

Añadí que desde 1897, época en que comencé á desempeñar mi puesto, no habíamos dictado ninguna sentencia de muerte, pero que no obstante, esa carrera no correspondía á mis gustos y que mi mayor anhelo era renunciar. Tolstoi me acarició la mano, aprobando lo que yo decía con una expresión placentera.

—Sí, sí... Y cuanto más pronto será mejor... No prestas servicio á nadie y tú mismo te pierdes.

Enseguida hablamos de la miseria del pueblo y de los obreros.

Conté á Tolstoi que había visto en el mercado Khitrovo de Moscovia á infortunados que se alimentaban de cabezas de arenques descompuestos, de huevos podridos, de frutas dañadas, de carne cocida hirviendo de gusanos blancos. Manifesté que sería bueno protestar en un artículo contra la venta pública de esos desechos inmundos.

La respuesta de Tolstoi me sorprendió:—No

es solamente el infortunio el que ha reducido á esos desgraciados á la situación abyecta en que los habeis visto, es también la borrachera y el libertinaje, en la mayoría de los casos. Aprendiendo á librarse de estos dos vicios, enseguida sabría uno vivir en la paz y la comodidad. Sería también muy injusto ver que un hombre atacado de una enfermedad vergonzosa se cure muy pronto gracias á su dinero... No apruebo tampoco esos establecimientos de asistencia por el trabajo; eso no es un socorro, sino un sustituto de socorro. A mi juicio, los filántropos, como el Dr. Haas, por ejemplo, no hacen ningún bien á la humanidad.

Después giró la conversación sobre las costumbres disolutas de la alta sociedad. Tolstoi sacudió tristemente la cabeza y declaró:—Aun ahora no puedo acordarme sin disgusto de mi vida de muchacho y de mi juventud, en general. Esto es espantoso! Esta depravación viene porque no vivimos ni nos alimentamos de un modo normal. Esta trasgresión de las leyes naturales explica los excesos venéreos. Cierta día le preguntaba á un joven campesino célibe, imberbe aun, cómo podía vivir sin mujer. «No he tenido tiempo de pensar en eso» me respondió. En nuestra clase piensan demasiado en ello. Desde jóvenes, nos dan á entender que es difícil y malsano sujetarse á la continencia. Esto es un error. Nos basta tratar á todas las mujeres á quienes nos acercamos como si ellas fueran nuestra madre ó nuestra hermana, para evitar toda tentación bestial.

En ese momento la condesa entró y nos llamamos.

*

Descendí al piso bajo en donde anoté, tan fielmente como me fué posible, mi conversación con el maestro.

Caía la tarde. Los criados alistaban la mesa para la comida. Salí á pasearme un rato por el

parque. Había tibieza en el ambiente y reinaba un profundo silencio. Me sentía inesplicablemente dichoso.

Me acordaba del liceo y de la frase griega referente á Sócrates, que traducíamos en el quinto año: «Se le acusaba también de corromper á la juventud y de no reverenciar á los dioses de la patria».

Me impresionó el paralelo que podría establecerse entre Tolstoi y el filósofo. Tanto el uno como el otro fueron acusados, no de negar la existencia de la divinidad, sino de comprenderla de distinto modo de como querían las leyes de sus países respectivos.

Me decía que dentro de algunos siglos, aprenderían los escolares la historia de Tolstoi, como hemos estudiado nosotros la de Sócrates.

Ya de noche, regresé á la casa y me senté en la gradería exterior. Poco á poco íbase estinguendo el crepúsculo y un perfume de flores flotaba en la brisa.

Vino á sacarme de mis reflexiones el toque de campana que llamaba á comer.

Tolstoi apareció rodando en su sillón hasta la mesa. Como en el almuerzo, bebimos excelente kvas en la misma garrafa. La conversación estuvo animada y familiar. La sobremesa fué larga y la esposa del conde habló de las mujeres de escritores.

Después que sirvieron frutas, un melón y té, Tolstoi fué conducido de nuevo á su despacho.

El príncipe Obolensky, yerno de Tolstoi, me pasó un cuaderno en el que había una serie de preguntas del tenor de las que siguen: «Cuál es vuestro principal defecto? Con cuál defecto sois más indulgente? Cuál es vuestro autor favorito?», etc... Había como veinte y la última era: «Habeis respondido sinceramente á cada pregunta?» La persona consultada no tenía obligación de firmar sus respuestas.

Dí una ojeada á los formularios llenos y á la pregunta: «Cuál es vuestro autor favorito?», todos respondían sin excepción: Tolstoi. Yo

tuve la franqueza de apuntar el nombre de Anton Tchékof.

Tatiana, la hija del conde, estaba tendida á medias sobre el canapé. Sus hermanas María y Alejandra canturreaban, reunidas en un rincón de la pieza. El príncipe Obolensky se balanceaba en una mecedora. Cuando, sentado á la mesa redonda, llené el cuestionario, me puse á reflexionar sobre lo que Tolstoi me había dicho.

*

—Vamos! respondiste á todas las preguntas? me dijo el príncipe Obolenski.

—Sí!

—Permíteme recompensarte con una tajada de melón.

Un lacayo trajo dos guitarras. Alejandra y María las cogieron y afinaron.

Las ventanas estaban abiertas y el cielo oscuro parecía un terciopelo azul salpicado de estrellas de oro.

La joven María inclinó la cabeza y balanceándose ligeramente comenzó á cantar, acompañada de su instrumento.

Oh! bellas noches de amor...

Su voz se asociaba á la de su hermana:

Yo siempre lo veré...

En ninguna parte esta romanza me había producido una impresión parecida...

Después de un instante de silencio las dos voces añadieron:

En vano repetirá el implacable destino...

La puerta del estudio del conde se abrió sin ruido y no supe quien condujo á Tolstoi hasta la sala. Con la cabeza baja, parecía estar subyugado por el encanto de la música.

Mi recuerdo, ay de mí! no os abandona...

lloró la canción.

Este era el más bello pasaje. Concluido, Tolstoi levantó la cabeza y exclamó:—Qué bonito es! qué bonito es!

Había llegado el momento de despedirme. El tren pasaría dentro de una hora larga. Me acerqué á Tolstoi y le pedí su retrato.

—Habéis timoneado alguna vez? interrogó.

—Sí!

—Pues bien! la rueda delantera de mi sillón se maneja lo mismo. Tened la bondad de conducirme á mi despacho.

Obedecí, tomando mil precauciones para no volcar una silla ó chocar contra la puerta.

—Y ahora, conducidme hacia la mesa... Bien! Dadme ese paquete que veis allí.

Le acerqué un sobre grande, de donde sacó algunos retratos en tarjetas postales.

—Cuál quereis?

—Querriais obsequiarme, respondí, ese en que estais sentado en un sillón, como lo estais ahora?

—Bien! Alcanzadme una pluma.

Y el conde firmó el retrato. Muy conmovido le dí las gracias, pensando en que luego partiría y no lo vería más por mucho tiempo, talvez nunca.

—Adiós, maestro!

Tolstoi retuvo mi mano entre sus dedos tibios y secos.

—Esperad! qué quería deciros aún? Ah! si... La personalidad en los escritores es la sinceridad. Cuando uno es sincero es siempre personal... Si, la sinceridad... Y cuanto más pronto dimitais, será mejor... Hasta la vista!

*

Y aun cuando muchas emociones preciosas han venido á enriquecer mi alma y mi pensamiento, este día de setiembre pasado en Iasnaia-Polonia, sigue siendo todavía uno de los más memorables de mi vida».

Recuerdos de un campesino

En una carta dirigida á un diario ruso, el Señor Novikof, un campesino instruido y adepto ferviente de Tolstoi, cuenta lo que sigue:

«Amenudo he pasado por delante de la casa N^o 21 de la calle de Khamovnitshesky, Moscovia, en donde habitaba el maestro durante el invierno. Retrocedía á cada intento, sin atreverme á franquear la barrera de convencionalismos sociales representada, en este caso, por los timbres, porteros, y lacayos. Pero mi deseo de acercarme á Tolstoi era tan vivo, que me hizo sobreponerme á esos obstáculos. Y de este modo, un día de invierno de 1890, trasasé el umbral, turbado y comovido.

En casa del conde había unas diez visitas: estudiantes de ambos sexos, adultos con aires doctorales, un seminarista y algunos obreros.

Apenas entré, me saludó Tolstoi y me reprendió vivamente porque le daba su título de conde:—No... no..., balbució confuso, me llamo simplemente León Nicolaiévitch.

Me hizo sentar luego en uno de los sillones de cuero de la sala y reanudaron en presencia mía la conversación, interrumpida con mi llegada. El seminarista emprendió una verdadera confesión. Pintó su vida disoluta, su solo anhelo de terminar los estudios para poder vivir en la holgura hasta el día en que, á pesar de sus libertinajes y del endurecimiento de su corazón, una repentina inspiración de lo alto, una estraña revelación de su conciencia, le había hecho comprender de golpe la verdad y la mentira de su existencia.

Tolstoi se fastidiaba, pero el seminarista, sin notarlo, continuó:—Maestro, hoy he resuelto reformar mi conducta. No quiero aprender á engañar al pueblo ni vivir á espensas suyas. Ayúdame á concluir con mi vergonzosa juventud. No sólo he pecado, sino también adquirido deudas. Hoy mismo necesito 150 rublos para pagarlas. Prestadme esta suma por un tiempo.

—Y yo, exclamó un joven estudiante en apuros,

he venido á rogaros me prestéis 50. Hace mucho tiempo que intentaba esto, pero no me atrevía á formularlo. Maestro, tengo á mi madre enferma; habré terminado mis estudios científicos en tres meses más. Entonces ya podré ganarme la vida y reembolsaros esa suma.

Silencio. Estábamos estupefactos y confundidos á la vez. Uno de los señores, con aires doctorales, y dos estudiantes se apresuraron á pedir permiso y desaparecieron.

—Ahora me toca hablar!, exclamó Tolstoi. Vosotros me pedís 200 rublos, y esta mañana he recibido de Suiza una carta en la que una señora me suplica que le envíe 500 rublos, sobretesto de que sus recursos se han agotado y de que su hija debe terminar sus estudios en el Conservatorio. Que esto no os sorprenda! No es raro que se me pidan 1,000, 2,000 y hasta 3,000 rublos y esto casi todos los días... Qué extrañas son las gentes! Me piden algo que no tengo y se abstienen de indicarme de donde debo tomar el dinero que necesitan. Podéis indicarme cómo puedo adquirir los 150 rublos que os hacen falta?, continuó dirigiéndose al seminarista.

Este, turbado, enrojeció, balbuceando algunas palabras sobre el éxito que habían tenido las obras de Tolstoi. El precio que se pagaba al maestro por una sola página bastaría para salvarlo de la deshonra.

Pero el conde lo interrumpió, recordándole que desde hacía mucho tiempo, había renunciado á sus derechos de autor, ¹ y por lo mismo sus trabajos literarios no le producían nada.

Con este fracaso, el desairado seminarista se fué en compañía de los estudiantes, sin saludar á los obreros.

—Las gentes de nuestra clase, continuó Tolstoi, se hallan de tal modo distantes de la verdad, que

¹ En su testamento, sinembargo, instituyó heredera de todos sus escritos, antes y después de su conversión, á su hija Alejandra, manifestando el deseo de que los venda, compre á su familia la residencia de Iasnaia y la distribuya entre los aldeanos.

aun cuando reconozcan sus errores, son incapaces de desprenderse de las mentiras rutinarias. Los que, como este seminarista, desean sinceramente llevar una vida mejor, no pueden consentir en la renuncia á su bienestar personal. Creerían rebajarse sentando plaza, desde luego, en las filas del pueblo que desean instruir, aun cuando éste sea, no obstante su ignorancia, infinitamente superior á ellos desde el punto de vista moral.

Nos pusimos de pie para despedirnos.

Agradeci á Tolstoi su benévola acogida y le participé mi ferviente admiración.

—Me alegro mucho de contarte entre mis adeptos, me respondió con un aire inquieto. Pero, te lo confesaré? Temo mucho que te cuesten caras las relaciones conmigo. Temo que de un día para otro te suceda una desgracia, y que tu desesperada familia me maldiga.

Le respondí que yo era libre de ir á donde me pareciera.

Tolstoi me estrechó la mano, diciéndome:—Muchas personas han sido arrestadas por tener relaciones conmigo y continuamente se me abruma á reproches.

Yo repliqué:—En efecto, he oído algunos de mis camaradas criticar que esteis libre, cuando tantos otros por causa tuya son enviados á la cárcel ó al destierro.

—Qué puedo hacer?, exclamó Tolstoi. Creéis que yo retrocedería ante la prisión? Véolo bien: hago la última jornada de mi vida, que ya toca á su fin. Nada me importa endonde deba morir.

Nos separamos como hermanos y al hacerlo, tuve el presentimiento de que no nos veríamos por mucho tiempo.

*

Pasaron algunos años, durante los cuales escribí amenudo al maestro y recibí varias veces noticias suyas.

Las previsiones de Tolstoi se realizaron. La desgracia cayó sobre mí.

Cómo sucedió esto? Me parece inútil contarlo, pues siempre se hallan pretextos cuando se quiere perseguirlo á uno.

Si bien escapé de la prisión, debí sufrir peores pruebas. En poco tiempo, se me envió á Polonia, después á Kazán, enseguida á las estepas lejanas de Turgai, en donde «no hay política», según la expresión de un funcionario, pues allí no hay habitantes, salvo algunos kirguises nómadas.

Yendo de un sitio á otro, como un paquete postal, en las estaciones y desembarcaderos se me esperaba y escoltaba, como si fuera personaje de alta importancia. Para mí sólo se movilizaban gendarmes y cosacos, aun cuando debo confesar que no merecía ni la centésima parte de los honores que de este modo se me dispensaban. Creerías, si os digo que hasta al retrete me acompañaban dos soldados con bayoneta calada ó dos gendarmes revólver en mano? Creo que los personajes más encumbrados nunca fueron objeto de una solicitud semejante.

Me hicieron recorrer más de tres mil kilómetros en ferrocarril; después anduve á pie, por jornadas, más de quinientos kilómetros en las estepas de Turgai, allende el Oremburgo. En las ciudades, los cuarteles me servían de albergue; en los Urales, me hacían acostarme en la cárcel de las aldeas cosacas que atravesábamos. Pero cuando estuvimos en plena estepa, ya no se me pudo encerrar en parte alguna.

Dilatados campos nos rodeaban con sus horizontes sin límites. Los cosacos se turnaban para vigilarme. En tanto que dormitaba, un soldado me veía, apoyándose en su fusil. «Acuéstate!», decíale yo á veces, «no me escaparé!»—«No!, respondía, mi consigna me lo prohíbe!»

No es esto estraño? Dios ha creado la noche para el reposo y los hombres han establecido consignas para prohibirlo.

El caso mío no era grave, pero se empeñaban en darle el aspecto de un verdadero «crimen». Maltratándome, se dirigían sobre todo á Tolstoí y su doctrina que yo tenía el honor de representar

á los ojos de las autoridades. Es por esto por lo que diariamente oía injuriar al gran pensador. En los interrogatorios que me hicieron, se manifestó una severidad excesiva, como si estos poderosos funcionarios tuvieran delante de sí, no á un pobre campesino, sino á Tolstoi mismo, invulnerable á sus azotes.

El empleado que me interrogó en Moscovia, me afirmó que el conde estaba loco desde hacía mucho tiempo y que por consiguiente era preciso no darle ninguna fe á sus palabras.

Se hubiera dicho que desde Varsovia á Turgai, todos se hubiesen puesto de acuerdo para hablar de Tolstoi en el mismo tono.

En Varsovia, un comandante de policía, de cabellos rojos, gritó adelante de mí, zapateando colérico: «Por qué, pues, vacilan tanto tiempo los ministros y los metropolitanos? Qué aguardan, que no destierran á este hombre funesto?»

En Kazán, se manifestaron más humanos. Ni gritos, ni injurias, ni amenazas se profirieron, contentándose con probarme, en un tono sentencioso, que Tolstoi talvez tenía razón, pero que su moral no era para una época como la nuestra. Y en la estepa, el capitán, ebrio, me gritó mostrándome los puños:—Á quiénes enseña tu Tolstoi sus santas verdades? A gentes como tú. Y cuántas son? Dime, cuántas son? Admitamos que haya algunas decenas de miles de imbéciles de tu ralea en toda la Rusia. Qué es eso? Cuando queramos, podemos reducirlos á polvo en el hueco de la mano!

*

—Te lo dije mucho! Te lo dije mucho! exclamó regocijado Tolstoi cuando en 1900, de regreso de las estepas de Turgai, fuí á visitarlo, no á Moscovia, sino á Iasnaia-Poliana.

Con su aspecto robusto, sus cabellos y barba blancos, su blusa gris, Tolstoi parecía un viejo campesino que participaba activamente en los trabajos del campo, pero que sin embargo, vigilaba su hacienda con ojo avisor. Si algún día lo canonizan,

sus retratos llamarán durante siglos la atención de los hombres, tan severa y misericordiosa es á un tiempo la doliente espresión de la cara.

—Te lo dije mucho que alguna desgracia te acontecería! me repitió tomándome la mano. Supe oportunamente tu arresto y destierro. Inquieto por la suerte de tu familia, quise hacer diligencias para obtener tu libertad, pero no pude saber en donde estabas y de qué «crimen» se te acusaba.

Informé brevemente á Tolstoi de cómo y por qué había sido arrestado. Felizmente no había pruebas de mi culpabilidad. Los únicos cargos que me hacían eran los pasajes de mis cartas en que yo protestaba contra los robos de los bienes públicos y los gastos que ocasionaría la coronación.

—Es una gran dicha que te hayas escapado del juicio, dijo Tolstoi, añadiendo después en voz baja: Drojine no pudo resistir, murió hace poco. Y te han azotado?

También esta vez Tolstoi tenía visitas, entre otras, estranjeros que no conocían el ruso.

Eran casi las cinco y el gran escritor iba á salir. Nos pusimos en marcha.

Tolstoi me hizo atravesar el jardín; en seguida nos emboscamos por un sendero, en donde se respiraba libremente y mejor después de la lluvia; gotitas de agua resplandecían, como diamantes, en las hojas, y los pájaros de nuevo comenzaban á cantar.

Marchamos largo tiempo por las sendas húmedas, sin hablar, temerosos de interrumpir el silencio del bosque. Tolstoi avanzaba con una rapidez tan juvenil que apenas podía seguirlo. Por fin acortó el paso y me preguntó:—Dime, maldijiste de mí cuando estabas encerrado en los cuarteles y las prisiones del camino?

—Sí, confesé, en mis cortos momentos de debilidad. Al principio me parecía duro soportar aquella situación humillante, tanto más cuanto que ignoraba hacia dónde me conducían y lo que harían de mí. Después, con la ayuda del hábito, me acostumbré tan bien á esa estravagante vida, que todas las mañanas echaba de menos la pocilga en

donde se me había acorralado durante una noche. Por lo demás, hasta encontré que esto era divertido. Me figuraba que hacía una excursión por la llanura y la montaña á costa del Estado, en calidad de prisionero político. Los jefes nunca trataron de practicar sus amenazas y yo me acostumbé también á sus salidas. Por otra parte, me injuriaban menos que á tí...

—Sí lo comprendo! respondió Tolstoi animándose. Los hombres se adhieren mucho á sus obras. Decidle á un hombre que no tiene tacto, inteligencia, probidad, y en rigor podrá perdonároslo. Pero tratad de condenar su obra, de probarle que su trabajo es inútil y malo, y ese hombre, cualquiera que sea, se convertirá en vuestro enemigo. Sobre todo si, en su fuero interno, comienza á tener conciencia de la vanidad de sus esfuerzos. Recordad las crueldades, los crímenes cometidos durante largos siglos. La unión de los sacerdotes y de los soberanos del mundo ha traído esta monstruosa desigualdad de los hombres que ahora sufrimos. Las nueve décimas partes de la humanidad viven en la ignorancia y la miseria; la restante que posee la clave de la comprensión de la vida, engorrida en la saciedad material; está pervertida en grado sumo; ni avanza por sí misma ni deja que las otras lleguen á la luz. Acordaos de los bueyes y los gatos egipcios, los oráculos y los Júpiteres antiguos, los Peruncs y los Voloss de Kief, todas las cadenas y trabas que los príncipes y sacerdotes han forjado para el alma libre del hombre! Ved pues!, continuó líricamente Tolstoi, señalándome el bosque resplandeciente, refrescado por la lluvia. Si el hombre fuera libre, su vida no sería una perpetua dicha sobre esta tierra divina?

—Pero es á esa décima parte de hombres privilegiados á quienes debemos la ciencia, de la que todos disfrutamos... alegué.

—Y que á todos nos perjudica igualmente, desarrollando el lado externo de la vida en detrimento del interno, repuso. Se han inventado los paraguas, los relojes, los ahulados y cuantas otras cosas más... Y por este motivo los hombres deben

amontonarse en las fábricas humientas, en las minas, despreciando las condiciones naturales de la vida. Es cierto que la sociedad actual ha logrado obtener y vender baratamente la sal, el petróleo, el alquitrán, etc., pero ha propagado también el uso del tabaco, del opio, del alcohol que arruina y embrutece á millones de individuos; ha contribuido igualmente á que se difundan las enfermedades sexuales, el libertinaje, etc. Cegadas por sus invenciones, las personas que se llaman civilizadas no se dan cuenta de que sus conquistas sólo sirven á la centésima parte de la humanidad y que las noventa y nueve restantes no solo no adoptan las formas perfeccionadas de la vida, sino que las desdeñan, pues la gran mayoría comprende que el progreso estérno y vocinglero, con sus paraguas y sus relojes, despierta la envidia y corrompe los corazones. La civilización ha complicado terriblemente la vida social, entorpeciéndola con mil cosas vanas. Por obtenerlas se afanan tanto los hombres, que olvidan su esencia divina, sobre todo olvidan que son infinitamente superiores á esas futilidades, frutos de una ciencia errónea. Con tal de no quedársele atrás á sus vecinos y parecerseles en su vida estérna... poco les importa la divinidad á quien sirven.

Le conté á Tolstoi de qué modo me recibí en Varsovia un viejo académico á cuya casa me habían mandado. En vez de amonestarme como debió hacerlo, el excelente hombre me había hablado con el corazón en la mano.

—Pueden mandaros á la cárcel, me dijo, á las compañías de disciplina, poco importa, y no seréis desgraciado en ninguna parte, porque, doquiera que esteis, se os servirá cereales machacados y sopa. Pero una situación semejante sería insoponible para nosotros, acostumbrados como estamos desde niños á la consideración y al bienestar. Y qué dirían nuestros padres, nuestros hijos, nuestras esposas? Bastarían para enterrarlo á uno vivo, sus reproches y recriminaciones. Evidentemente, todo es posible cuando uno es joven. Pero á mi edad, ya no se piensa en hazñas parecidas.

—Sí, repuso Tolstoi, es horrible reconocer la falsedad de su situación cuando uno ya es viejo y



Tolstoi yendo hacia el convento Optina-Poustine ¹

no se siente con fuerzas para cambiarla. Amenudo me han echado en cara que mande á los demás á trabajar al campo, mientras yo vivo en una casa

¹ En este convento escribió Tolstoi pocos días antes de su muerte—ocurrída en noviembre de 1910—su último artículo, en el que ataca indignado la pena capital.

confortable, y no hago ninguno de los trabajos que recomiendo. Se cuán justificado está el reproche.

—Hace mucho tiempo que quería hablarte de este asunto!, dije. Siempre me ha parecido que no era digno de tí vivir detrás de doce puertas que custodian otros tantos lacayos.

—Creís acaso que me gusta eso?, habló el Conde suspirando. Pero, qué quieres que haga? No tuve en otro tiempo valor bastante para romper con ese género de vida. Mi primera falta fue esa... Pasaron los años y ahora (acortando el paso), ni tú mismo te atreverías á censurarme. No se empieza una nueva vida á los 72 años. En otro tiempo, pensé en irme á otra aldea para vivir de cualquier cosa, como un infeliz sin familia. Pero el tiempo ha trascurrido y eché de ver que era viejo... Los trabajos del campo no me repugnan, al contrario, siempre me han gustado mucho y les debo los recuerdos más agradables de mi vida.

Las nubes se agrupaban en el cielo y se oían los redobles del trueno. Retrocedimos; estábamos á tres kilómetros de la casa.

Hablé de lo difícil que es evitar las querellas de familia.

—Ja prueba más penosa que Dios impone al hombre, es la familia, dijo Tolstói. No en valde se ha dicho que el hombre que es dichoso en medio de la familia es verdaderamente dichoso. Lo peor del caso es que uno está encadenado á ella para siempre, y espuesto sin cesar á un fuego granneado de conversaciones, de habladurías, de opiniones que no puede uno oír sin irritarse. En estas circunstancias, siempre me he esforzado por conservar mi sangre fría. Hasta he cedido muy amenudo. De este modo, la reconciliación se realizó más pronto; luego vino la calma y el asunto por sí mismo se arregló. En la vida familiar, como en todas las relaciones con los demás, por regla general, la dulzura es mejor que la violencia, pues la cólera que no se ahoga al nacer, se parece á la bola de nieve que se agranda más conforme rueda. Y casi siempre, uno tiene que la-

mentarse de no haber sabido impedir la querrela.

La tempestad que venía amenazando estalló encima de nosotros. Gruesas gotas de tibia lluvia crugieron en los árboles y en el camino. Presurosos, logramos llegar á la vieja morada señorial».

Los beneficios de Tolstoi

«En la primavera de 1905, nos cuenta un médico de nuestros amigos, mi familia y yo nos instalamos en una finca perteneciente á la señora Tatiana Soukhotina, á cuatro kilómetros de Iasnaia-Poliana. Era nuestra vecina una amable anciana, la señora Sch..., descendiente de la familia solariega. Cuando era maestra de escuela, la lectura de las obras de Tolstoi la había trastornado, renunciando de pronto á su existencia fácil para vivir la dura vida del mujik. Ella, en verdad, sí gana el pan con el sudor de su frente.

La señora Sch... vive en una cabaña minúscula, cerca de la finca; dos vacas y un huerto le proporcionan el sustento. En el estío, algunos miembros de su familia vienen á veranear por los alrededores, pero la vieja dama permanece sola todo el invierno con su criada y su desgraciado perro Chavotchka. La pobre bestia tiene ambas manos tullidas, y la quiere de tal modo, que cuando la señora Sch... se traslada á Iasnaia-Poliana, rehusa el alimento y se echa en el camino. De este modo aguarda su regreso durante varias horas, con la cabeza vuelta hacia el lado por donde su ama debe reaparecer.

Como la mayor parte de los campesinos de la región están corrompidos por la cercanía de la ciudad y las ganancias fáciles que les proporcionan los veraneantes de las quintas, no comprenden ni á la señora Sch... ni la misión que se ha echado encima, pero la vieja dama no sufre porque no se la comprende.

—Ah! qué feliz soy, repetía amenudo! Este rinconcito de tierra es para mí un paraíso.

Tolstoi siente por ella un profundo y sincero

afecto y la visita amenudo. Sus encuentros son conmovedores.

—Conque nos vamos muriendo, señora Sch...? esclama él jovialmente, cuando llega.

—Nos vamos muriendo, amigo mío, responde ella con el mismo regocijo.

—Estáis contenta de ello?...

—Sí...

Y los dos viejos satisfechos ríen felices.

—Mira, pues, lo que él me ha traído hoy, nos dice, mostrándonos un vestido de punto de lana. Me ha dicho: «Debéis tener frío, yo tengo dos de estos vestidos y te traigo uno; está nuevo». Con sorpresa he visto que estaba todo remendado; sin duda que no le dieron el que deseaba ofrecerme.

No pasaba semana casi, sin que Tolstoi viniera á la finca, ora á caballo, ora á pie. Se sentaba un instante, cambiaba algunas palabras con nosotros y partía de nuevo.

—Escuchad, pues, lo que me ha sucedido en casa de la señora Sch..., nos dijo un medio día. Esta mañana han venido á buscarme dos mujeres, para contarme que sus maridos están en la guerra, y que ellas y sus hijos viven en la mayor miseria. No hay vaca ni en la casa de la una ni en la de la otra. Las interrogo, les doy algunas monedas y les prometo que pronto pasaré á su casa. Apenas se fueron, vino un mujik que conocía bien á las dos. Lo interrogué. No me habían mentado; ni la una ni la otra tenían vaca. Pero lo peor es que la una tiene ocho pequeños y tres la otra. Pedí al campesino que me trajese la primera, á fin de entregarle luego unos treinta rublos. Es preciso que os diga que hace poco recibí de un grupo de rusos que viven en Shangai, una suma de cuatrocientos rublos para repartirlos á las familias arruinadas por la guerra, conforme me lo han pedido los donantes. De este envió me quedaban casi treinta rublos. Para no promover la envidia de la que no podía socorrer, recomendé al campesino que no me trajese más que á la madre de los ocho

niños. Pero no me comprendió, sin duda, porque me trajo las dos indigentes. El pensamiento de que iba á dejar discontenta á una de esas desgraciadas, me puso en grandes apuros. Sin embargo, entregué los treinta rublos á quien estaban destinados y exhorté á la otra para que no envidiara á su compañera. Sabéis lo que me respondió? (Y al decir estas palabras se alteró la voz de Tolstoi y sus ojos se llenaron de lágrimas) «Qué dices, León Nicolaiévitch?, envidiarla? Lejos de mí esta idea... Lo que tú acabas de hacer es muy justo. Ella necesita más que yo de que se la socorra. Cuando tenga leche, le dará á mis hijos también. Ambas te damos las gracias cordialmente». Importa conocer su miseria para comprender la hermosura de esta respuesta, concluyó Tolstoi, profundamente conmovido.

*

Cada véz que iba á visitarnos á Ovsiannikovo, traía un día luminoso á nuestra casa.

Cierta ocasión, al despedirse de nosotros, dijo adiós con la mano á nuestro nene, una chica de nueve meses, á quien nuestra vida solitaria había convertido en una pequeña salvaje. La chiquilla miró al conde con sus grandes ojos sorprendidos, abrió risueñamente su rosada boca y, de alegría tal vez, acercó á ella el pie.

—Ya no puedo hacer yo otro tanto, exclamó Tolstoi carcajeándose.

Luego montó con la ligereza de un joven caballero y partió al galope de su corcel».

La vida y la muerte

A los centenares de cartas que de todos los rincones del mundo dirigían á Tolstoi durante su enfermedad, en 1904, para informarse de su salud, él respondió con los renglones que van á seguir. Se hallaba entonces bajo la impresión de penosos acontecimientos y esta epístola describe el estado

de ánimo y los complejos sentimientos que agitaban al gran escritor.

«Recibí vuestra carta y tengo la dicha de poderos responder. No el razonamiento, sino una larga experiencia, me ha convencido de la espiritualidad de la vida humana. El hombre es espíritu, es una partícula de Dios, contenida en los límites definidos que llamamos materia; pero la vida del espíritu no está sujeta á mutilación alguna y menos aun, al sufrimiento. Crece siempre con regularidad, ampliando los límites que la ciñen. No obstante, es propio del hombre caer en el error de creer que la esencia de la vida se halla en las fronteras que la limitan, esto es, en la materia. Víctimas de semejante error, consideramos los sufrimientos corporales y sobre todo, la enfermedad y la muerte, como una desdicha, cuando precisamente esos sufrimientos—tan inevitables como la muerte—adelgazan las murallas que aprisionan nuestro espíritu, y, al destruir la seducción de la materia, nos llevan á una mejor concepción de la vida: nos ponen de manifiesto que somos seres espirituales y no materiales. Mientras más fuerte se hace el dolor físico, mientras más próxima está de nosotros la muerte, que nos parece el supremo dolor, más fácilmente se libera el hombre de las seducciones de la vida terrestre y reconoce mejor que es espíritu. Tal sentimiento, en verdad, no le produce los placeres violentos de la vida animal, pero, en cambio, experimenta una libertad completa, la certidumbre de su invulnerabilidad, de su indestructibilidad, siente su unidad con Dios, principio y esencia de todo. No es entonces terrible la muerte, que sólo es la liberación y la resurrección; quien ha gustado estos sentimientos no los cambiará por ningún otro placer material en el mundo. Puedo afirmarlo, porque durante mi enfermedad he sentido esto con una fuerza extraordinaria.

»Tan pronto como mejoré, dos opuestos sentimientos me invadieron: la alegría del animal que regresa á la vida y la pesadumbre del sér espiritual y el encogimiento de la conciencia, tan amplia durante la enfermedad. Desde mi convalecencia, á

pesar de la energía nueva con que me llegan todas las sensaciones de la vida transitoria que se renueva, creo, mejor dicho, sé que la enfermedad ha sido para mí un bien supremo; me ha traído en obsequio lo que mis razonamientos, ni los ajenos me habían dado y eso que me ha traído lo conservaré siempre conmigo, no lo perderé jamás. No en vano, á propósito de las enfermedades, de los incendios, de todo cuanto es independiente de la voluntad humana, dice la sabiduría popular: «Nos ha visitado el Señor».

»Por lo que hace á la adquisición de la dicha, nada es peor que lo que las gentes desean para sí y para los demás: la riqueza, la salud, la gloria.

»Quiera Dios que comprendais todos los beneficios del dolor y de la proximidad de la muerte inevitable. Reconozco que para eso es indispensable creer en su esencia espiritual, partícula de Dios que no está sujeta á transformación ni á mengua y menos aún al sufrimiento ni á la aniquilación. Mas del tenor de vuestra carta me permito pensar que vosotros participais de esta creencia; si así no fuere, llegareis á ella.

»Que conserve Dios vuestras almas más aún que vuestros cuerpos!»

Que vuestros descendientes

no se os parezcan

Un grupo selecto de escritores y artistas se hallaba sentado á la mesa de Tolstoi, en uno de los primeros días de enero de 1908. El conde, sonriendo, daba las gracias por los numerosos votos de salud y dicha que formulaban sus comensales.

—Y tú, León Nicolaiévitch, le preguntó uno de los invitados, qué deseais para la sociedad rusa, con motivo del año nuevo?

Tolstoi reflexionó un instante y después, á modo de respuesta, contó la leyenda que sigue:

«Cierta vez un hombre instruido se acercó á uno sagaz para pedirle su bendición.

—Escucha, repuso el sabio. Errante por el desierto mucho tiempo, un peregrino sufría con el hambre, la sed y el cansancio. Cierta día, distinguió un árbol lleno de maduros frutos; un arroyo límpido murmuraba á sus pies y á su sombra sentíase una frescura deliciosa.

El fatigado peregrino sació el apetito comiendo las frutas, con el agua apagó su sed y reposó al abrigo del árbol. Ya restablecido, levantóse y antes de irse, habló de este modo al árbol: «Qué puedo desear para tí? Que sean sabrosos tus frutos? Lo son. Que sea fresca tu sombra? Lo es. Que cante á tus pies un arroyo de agua clara? Pasa cantando. He aquí lo que yo te desearía: Que tus retoños se parezcan á tí!»

Yo te diré lo mismo, mi instruido amigo, contestó el sabio. Qué bendición puedo darte? Que seas célebre en las ciencias? Lo eres. Desearte honores? Te colman de ellos! Riqueza? Eres rico. Numerosa familia? Tienes la dicha de poseerla. Deseo, pues, que tus descendientes se te parezcan».

—Para mis contemporáneos que predicán el asesinato y la violencia, añadió el conde, con motivo del año nuevo, no puedo menos que anhelar lo contrario: «Que vuestros descendientes no se os parezcan! Dios los libre!»

El Aniversario de Tolstoi

El 28 de agosto de 1908 Tolstoi cumplía 80 años. Se levantó satisfecho y pasó toda la mañana riendo y dando bromas. Más tarde, habló de su vida pasada.

—Cuando era joven, me decía: «Será posible que llegue á los ochenta años»? Entonces me figuraba que sería un viejo caduco, sin dientes, que sabría todo lo que un hombre puede saber. Hoy, tengo

80 años y veo que la verdad apenas comienza á resplandecer para mí. Para conocer lo que yo deseara, sería preciso investigar aún mucho tiempo más y progresar sin descanso, talvez necesitaría vivir todavía 80 años más.

Por la tarde, como de costumbre, el maestro habló del Evangelio.

—En otra época, nos dijo, ciertos pasajes me parecían oscuros. «Amad á Dios y á vuestro prójimo!» Cuál Dios? el Dios personal? Pero cómo puedo amarlo, si no lo conozco. Estas palabras hoy son tan claras para mí que estoy admirado de no haberlas comprendido antes. El Dios que importa amar no es un Dios extraño á nosotros, es el que se halla en nuestro corazón, en el de los hombres y los animales, en todo el mundo. Cuando amemos ese Dios, amaremos nuestro prójimo y todo el universo. Otras frases del Evangelio me parecieron no menos difíciles: «Ama á quienes te odian». Cómo puedo amar á un hombre que siente odio? No debo más bien alejarme de él? Sin duda, pero no del Dios que en él existe, en mí, en todos. Yo debo alejarme únicamente del Dios malo que existe en su alma. Se dice también: «El hombre lleva en su corazón una partícula divina». Esto es comprender imperfectamente la divinidad. Dios se halla en mí como en la bestia, el vegetal, la piedra, en todas partes y en todas las cosas. Cómo puede decirse que uno lleve consigo una partícula de Dios? Se quiere fragmentar á Aquél que es infinito, incomprensible, inconmensurable, á Aquél que reconocemos como Dios?

Después de un ratito de silencio, Tolstoi continuó:

—Es tan imposible llevar una vida puramente espiritual, constante y concentrada, como una vida sólo física. Se necesita la noche para que destaque el día. Tanto como el cuerpo, el alma necesita reposo. Puedo trabajar sin fatigarme á los 80 años? Necesito descansar: me paseo, observo y converso... Y cuantos aniversarios más tendré ocasión de festejar en medio de vosotros!

El médico-mayor

Nos paseábamos una mañana con Tolstoi en el dominio de Iasnaia-Poliana, no lejos del bosque que él mismo plantara á los 45 años, con ayuda de su mujer, cuando vimos venir hacia nosotros un hombre de tímida apariencia, de 35 á 40 años, alto, moreno, vestido con un brillante uniforme. Se presentó con el nombre de Boris T..., médico-mayor. Por discreción quisimos alejarnos, pero Tolstoi nos retuvo con un gesto.

Acompañados del recién venido, continuamos nuestro paseo. Después de varias preguntas que Tolstoi le hizo, el oficial se puso á hablar locuazmente. Se hubiera dicho que tenía prisa de aliviar su corazón de la carga que lo oprimía. Con una especie de rabia contenida pintó la vida militar. Escándalos, arbitrariedades, vejámenes de toda clase; ninguno de los detalles nos complacía. Visiblemente fatigado por aquella vehemencia, Tolstoi interrumpió de pronto al extraño individuo para preguntarle cuál era el objeto de su visita.

—He venido, repuso el médico, después de la lectura de vuestras obras, con el intento de preguntaros si debo permanecer en el ejército.

Tolstoi miró un instante á su interlocutor y le respondió con voz firme:

--Sí.

Enseguida se alejó, no sin haberle dado antes las calurosas gracias al escritor.

Ya solos con el conde, no pudimos menos que manifestarle nuestra sorpresa.

—Cómo es posible que tú, León Nicolaiévitch, hayas dado semejante consejo? No está tu respuesta en abierta contradicción con las ideas que no has cesado de defender?

—Ved ese peral, respondió el maestro. Si sus frutos aun cuelgan de las ramas, es porque no están maduros todavía. Cuando lo estén, caerán sin necesidad de que se los recoja. Lo mis-

mo pasa con este hombre. Su espíritu no ha alcanzado la completa madurez. Ya llegará el día en que la alcance y entonces no necesitará de consejos, pues abandonará el ejército impulsado por sí mismo.

La correspondencia

El primero de setiembre de 1902, después de una grave enfermedad, Tolstoi se levantó por primera vez, enflaquecido y encorvado. Con una sonrisa de dicha en los labios, habló de esta enfermedad y de la aproximación de la muerte.

—Hoy, en mi paseo, nos dijo, sentí de pronto un malestar, como si mi corazón hubiera cesado de latir. Me senté y esperé. «Ella viene, ella viene», pensaba. Al principio me pareció extraña la sensación; enseguida me hizo bien. Pero eso no era la muerte sino una advertencia. No la llamo, pero tampoco le huyo, porque un cristiano no debe temer la muerte, ese paso de lo transitorio á lo eterno.

En tanto que hablaba, llegó un paquete de cartas. Venían de todos los países del mundo. Junto con ellas, se encontraban varios periódicos extranjeros recortados. Tolstoi sonrió:— Cuán solícitas son las autoridades! Temen que yo lea cosas que puedan perjudicarme.

El maestro abrió esa voluminosa correspondencia. Un joven serbio, preso por haber rehusado el servicio militar, le escribía de Belgrado. Pintaba el hospital y la cárcel, sus padecimientos morales y físicos. Aun cuando su madre había caído enferma y su desesperado padre le suplicaba que cediera, el seguía fiel á la voz de su conciencia. Terminaba su carta dándole unas gracias muy cordiales á Tolstoi, porque— según decía— le había enseñado el camino de la verdad.

—Y de esta, qué pensáis? nos dijo el maestro enseñándonos una carta de un célebre médico

de San Petersburgo. Trata de persuadirme de que la inmortalidad es una farsa y que nuestra alma no es más que una fórmula química: H^2O . Para que me restablezca, me aconseja que coma ostras, pollo y beba vino madera. Son buenos consejos, añadió maliciosamente Tolstoi.

—Os admirais—repuso enseguida de la manera como examino mi correspondencia. Acostumbro mirar los sobres antes de abrirlos. Cuando vienen dirigidos *A Su Excelencia, el Conde, etc.*, los hago á un lado. Sé quien me escribe y puede esperarse. Si, por el contrario, veo una dirección muy sencilla, con mala ortografía, abro la carta luego. Esa, lo adivino, me la envía un hombre sincero que me pide consejo. A entenderme con él enseguida.



GLOSARIO¹

Acezar, jadedar.
Amainar (el viento), perder su fuerza.

Alejandro el Grande, rey de Macedonia y célebre conquistador (356 á 324 antes de Jesucristo).

Asesores (jurados), consejeros, que resuelven.

Bardos, poetas que cantan las hazañas de los héroes nacionales.

Beethoven, célebre compositor alemán (1772-1827).

Bueyes y Gatos egipcios: el pueblo egipcio divinizó miles de animales, entre ellos el buey (el famoso Buey Apis, p. e.) y el gato que, disecado, ocupaba un puesto con la familia en la cámara mortuoria.

Burocracia, el conjunto de empleados públicos de un país.

Canones, reglas.

Copek (el), moneda rusa, corresponde al céntimo.

Clásicos (los autores), excelentes, de la primera fila.

Cosacos, soldados rusos.

Diatriba, escrito violento é injurioso.

Disidente, (secta), que profesa opiniones contrarias á las de la mayoría.

Eckermann, secretario íntimo y confidente del gran poeta Goethe. Con el título de *Conversaciones* compuso una obra, endonde están reunidas las que tuvo con Goethe sobre toda clase de asuntos.

Enciclopédico (diccionario), que abarca todas las ciencias.

Estarosta, agente de policía.

Estético y ético (hombre) que se relaciona con la belleza y con la moral, respectivamente.

Etiopes, habitantes de la Etiopía, una estensa región al S. del Egipto.

Exégeta, intérprete de la Biblia.

Ferney, en el cantón de Gex, Francia. Allí se encuentra el castillo en que vivió el célebre satírico francés, Voltaire, desde 1758 hasta su muerte.

Funcionario, empleado público.

George (Henry), publicista yanki. Ha sido el jefe del movimiento que aboga por que la tierra sea propiedad del Estado y los particulares que quieran poseerla, deben pagar un impuesto proporcionado á la estension que soliciten.

Gogol, Gorky, Tchekof, Nekrassof, Tchirikof y Savitkine, célebres escritores rusos, los cuatro primeros sobre todo.

Ibsen, poeta noruego y dramaturgo (1828-1906).

Inaudita (violencia), nunca oída.

Júpiter, el dios supremo, padre de los dioses y de los hombres, en la religión de los griegos y romanos antiguos.

Kazán, ciudad de la Rusia europea, capital de la provincia del mismo nombre.

Kirguises nómadas, una de las varias poblaciones

¹ Doy apenas el significado que, á mi entender, tienen las palabras tal como están empleadas en el texto del presente Epítome.

errantes que ocupan las estepas ó llanuras inmensas entre Siberia y China.

Knout, instrumento de suplicio: consiste en una trenza de cuero que termina en hilos metálicos.

Kvas, especie de cerveza.

Maupassant, novelista francés (1850-1893).

Metropolitanos, arzobispos y obispos.

Mujik, campesino ruso.

Nabucodonosor, reinó en Nínive y Babilonia (Asia antigua), 606 años ant. de J.

Oremburgo, la provincia más oriental de la Rusia europea.

Ortodoxia, conformidad de las opiniones religiosas con lo que decide la Iglesia.

Pablo I, emperador ruso (1751-1801).

Pascal (Blas), uno de los escritores franceses más notables del siglo xvii.

Peruno, dios de los antiguos eslavos.

Poltava, ciudad rusa, capital de la provincia del mismo nombre, á 1,400 kilómetros al SE. de San Petersburgo.

Rousseau, célebre escritor y filósofo francés (1712 á 1778). Ocho años de su vida los pasó en las Char-

mettes, aldea cercana á Chambéry, capital de la Saboya, Francia.

Rublo (el) moneda rusa: corresponde á poco más de ₧ 2.00, si es de oro, como ₧ 1.50 si es de plata y como ₧ 0.50 si es papel-moneda.

Shangai, ciudad china y centro comercial importante.

Schopenhauer, filósofo alemán (1788-1860.)

Stael (Mme.) Una de las más distinguidas publicistas francesas (1766-1817). Hizo célebre su residencia Coppet, aldea suiza sobre el lago de Ginebra.

Talmud, código religioso y civil de los judíos: contiene muchas fábulas y leyendas.

Tartajear, tartamudear.

Tartana, carruaje con asientos trasversales ó laterales.

Times (el), uno de los grandes diarios ingleses.

Tinglado, un galeroncito.

Vivisección, abertura ó disección de los animales vivos.

Voloss, dios-río, adorado en Kief, capital de la provincia del mismo nombre, y una de las ciudades santas de la Rusia europea.

Editor: — J. GARCÍA MONJE

CONTENIDO

	<u>PÁGINA</u>
LEÓN TOLSTOI	3
IASNAIA-POLIANA	8
NICOLÁS PALKINE	10
TOLSTOI ENFERMO	12
EL MOSQUITO	15
EL AGENTE DE POLICÍA	18
LOS TEMPERANTES	19
LOS COLABORADORES DE TOLSTOI	22
LOS PEDAGOGOS	24
UNA LÁGRIMA	27
EL TINGLADO DE UNA VIUDA	30
EL JUICIO	31
YO NO QUIERO QUE SE TOQUE Á TOLSTOI	33
TOLSTOI Y GORKY	35
TOLSTOI Y SUS HIJOS	36
TOLSTOI Y EL ARTE POPULAR	39
UNA LECTURA EN CASA DE TOLSTOI	41
LOS DOS VIEJOS	45
LA ESCOLTA IMPREVISTA	49
EL BUSTO DE TOLSTOI	51
EL LACAYO	53
UN PENSAMIENTO DE MARCO AURELIO	55
EL AMOR AL PRÓJIMO	56
EN TORNO DE LA PARVA	57
TOLSTOI ÍNTIMO	62
LA LEYENDA DEL RICO	64
RECUERDOS DE UN JUEZ MILITAR	66
RECUERDOS DE UN CAMPESINO	73
LOS BENEFICIOS DE TOLSTOI	83
LA VIDA Y LA MUERTE	85
QUE VUESTROS DESCENDIENTES NO SE OS PAREZCAN	87
EL ANIVERSARIO DE TOLSTOI	88
EL MÉDICO-MAYOR	90
LA CORRESPONDENCIA	91
GLOSARIO	93